

Julio Forniés Gancedo

INVENTA UNA LUNA

..... *CARTA AL LECTOR*

Querido lector:

He decidido escribir esta breve carta, a modo de advertencia, para que cuando inicies la lectura del escrito que ahora acunas entre tus manos, lo que encuentres no te asuste o confunda. Prevenido quedas de que no te encontrarás con una forma ordinaria de narrar esta insólita historia. La razón es simple: no existe en éste, nuestro mundo, forma alguna de comunicar un relato si no es a través de medios audiovisuales.

Sin embargo, imagina que sí existiese una manera de transmitir a los demás no sólo una imagen o suceso a través de las palabras; imagina que pudieses transportar a otra persona, literalmente, todo aquello que tus ojos vieron, que tu olfato percibió, que tus manos palparon, que tus oídos escucharon y lo que tu paladar tuvo a bien o mal degustar...

La máquina que podría hacer eso no existe, como ya dije, en este mundo; pero imaginemos que sí, que es algo real, pues en el mundo de la “ciencia-mágica” sin duda existiría, y, de hecho, existe.

No trataré de explicar aquello que ni yo mismo creo comprender realmente. Sólo te advertiré de que este relato, en su concepción original, fue recogido e inmortalizado a través de esta excepcional máquina. Es por ello que muchos detalles seguramente se hayan perdido, estén mal reflejados o no con toda la fidelidad que se merecen, pues los márgenes de un papel siempre nos limitan.

Te encontrarás con pensamientos (fragmentos aislados en cursiva), narración, explicaciones, diálogo... Intenta verlo (leerlo) como un sueño; algo que sucede ahora y que te arrastra. Procura sólo imaginar. Y si descubres que esta lectura te supone algún esfuerzo, por nimio que sea, déjalo, abandónalo; el tiempo es un bien escaso que no debes dilapidar en malas inversiones.

.....

Silencio.

Sentado sobre el suelo, a la luz de mi pequeña lámpara, escudriño un viejo libro que habré leído un centenar de veces. Lo cierro con cuidado y lo abandono en un rincón, me levanto y miro en derredor. Las estanterías de la buhardilla están abarrotadas de conocimiento. Camino hasta un gran ventanal y miro afuera. No se ve nada, está todo oscuro; pero conozco de memoria el paisaje, y casi como en un sueño puedo ver al pie de mi casa el enorme lago que se extiende tranquilo como mi corazón. Me siento solo. Elevo la vista y escruto el cielo; también he de imaginármelo, pues al otro lado de la ventana parece no existir nada.

Sólo negrura, vacío.

Recojo del suelo la lámpara y bajo melancólico las escaleras de caracol. Ya en el piso de abajo la casa cobra vida en tanto se ilumina a mí alrededor. Rompo la oscuridad. Camino hasta la puerta principal y descuelgo a mi derecha la ropa de abrigo: una gruesa capa con capucha. Con un hábil giro de muñeca la prenda se arremolina en el aire antes de descender perfectamente extendida sobre mi cuerpo y abrazarme protectora.

Abro la puerta y desde el umbral escapa hacia el exterior la luz de la lámpara. Más allá de su cerco luminoso es imposible divisar nada. Salgo y las piedrecillas del camino crujen bajo mis pies. Chispea. Me cubro la cabeza y avanzo cabizbajo, taciturno. La senda se adentra entre un bosque de árboles jóvenes.

.....

Ya he dejado atrás la arboleda y ahora veo, no muy lejos, las luces del único pueblo de la isla. Llego hasta las casas y deambulo mecánicamente por sus calles.

Todos duermen.

Dejo atrás el pueblo y escucho el mordisquear de las olas. Mar adentro vislumbro una solitaria luz, como si flotase sobre las aguas.

Elevo la lámpara por encima de mi cabeza y aparece iluminada la playa y un camino de madera, que flota sobre el mar y se adentra contra el infinito, hacia la furtiva luz. Lo sigo y sus tablones chapotean con cada uno de mis pasos.

El camino me conduce hasta una pequeña isla de forma cilíndrica. Es de roca pura, se eleva unos cinco metros sobre el nivel del mar y a su alrededor ascienden unas escaleras que se enroscan como una serpiente esculpida en su pared. Al subir los peldaños llego al único bar de toda la isla.

El bar se asienta sobre la cúspide de su islita; el suelo ha sido cubierto por tablones de madera y una balaustrada rodea la plataforma. En el centro está la barra del bar con forma de anillo y a su alrededor se disponen cinco mesas redondas con cinco sillas cada una.

Tras la barra, dentro del anillo, encuentro al barman aseando con parsimonia un vaso de cristal verdoso. Me despojo de la capucha y me acerco a él.

*** Barman:** *(Bramando en tono afable) ¡Hey, muchacho, acércate!*

Me acerco y dejo la lámpara sobre la barra.

*** Yo:** *¿Cómo lo llevas, Vier?*

*** Vier (Barman):** *(Alzando la voz para que tres hombres, los únicos clientes que aún apuran sus consumiciones en el bar, le apoyen en su dictamen) Tranquilo... como siempre, aquí nunca pasa nada ¿eh?*

Los clientes responden con escuetas afirmaciones. Vier rompe en una carcajada profunda y sonora.

*** Vier:** *¿Quieres algo, Lio?*

Yo, los codos apoyados en la barra y las manos sosteniéndome la barbilla, niego con desdén.

El silencio ahoga la conversación.

El barman retorna absorto a la labor de limpiar todo cuanto halla en su perímetro, y yo me pierdo en mis pensamientos, entre una madeja de ideas imposibles de reflejar fielmente sobre un papel.

Levanto la cabeza y recuerdo que está lloviendo. Puedo observarlo con claridad, puesto que el bar no dispone de techo que lo resguarde. Sin embargo, nada se moja a mi alrededor. Veo resbalar las gotas por encima de mi cabeza como si una invisible cúpula guareciese a todo el local.

* *Vier:* (Con aire distraído) *Repíteme muchacho cómo lo hiciste.*

* *Yo:* (Volviendo de mi lejano mundo de elucubraciones) *¿Eh?*

* *Vier:* (Señalando con la vista las gotas que parecen eludir nuestras cabezas) *Eso. Nunca lo he entendido del todo bien, muchacho.*

* *Yo:* *Ah, pues... cogí los hilos por los que bajan las gotas de lluvia y los até, sencillamente, a la balaustrada.*

* *Vier:* *¡Jo, chico! Debe ser esta cabezota mía... he limpiado un millón de veces esa balaustrada y... ¡ahí no hay nada atado!*

* *Yo:* *Eso es porque los hilos son inexistentes.*

* *Vier:* *¡Diablos! ¿Qué?*

* *Yo:* *Inexistentes; ni se pueden ver, ni se pueden palpar.*

* *Vier:* *Pero las gotas lo tocan...*

* **Yo:** *Exacto, lo tocan, pero no lo palpan, porque no son algo vivo.*

* **Vier:** *¿Me quieres decir que sólo algo no vivo puede tocarlos? ¡Aguas! Eso suena siniestro.*

Me encojo de hombros y al advertir que Vier vuelve a albergarse en su mutismo desplazo la atención hacia mi espalda, de donde procede el murmullo de la conversación de los tres clientes. No necesito encararlos para identificar a los contertulios: Do, un viejo truhán que agota sus últimos días permanentemente en el bar; Ro, el farero; y Fa, el borracho del pueblo.

* **Fa:** *Yo ¡ich! Me... ¡ich! Voy*

Acto seguido un retumbar de sillas que se arrastran, bamboleos, y demás torpes refriegas preceden al abandono del local por parte de Fa.

* **Vier:** *(En tono de mofa) Espero que esta noche no vuelva a caerse al mar.*

Ro, el farero, y Du, el viejo truhán, siguen parlamentando hasta que uno de los dos se levanta (no puedo reconocer de quién se trata porque estoy de espaldas a ellos) y decide marcharse tras la estela del borracho. Por la forma de caminar es Ro el que abandona el lugar.

* **Ro:** *(Marchándose) ¡Diantre! He de revisar la luz del faro.*

Do, que se ha quedado solo, abandona su asiento y se acerca a la barra.

* **Do:** *(Señalando a su espalda con el pulgar) Este Ro aún piensa que un día de estos vendrá algún barco.*

* *Vier: No le culpes, es mejor así, que no pierda la esperanza como ya la hemos perdido los demás.*

Desde mi posición dejo vagar la mirada por todo el local y algo me llama la atención en donde hace sólo unos instantes estaban los tres hombres. Bajo una de las sillas columbro un destello áureo. Me acerco hasta la leve refulgencia y descubro tirada en el suelo una pequeña llave de oro. La recojo y alzo el brazo para apercebir a mis compañeros del hallazgo.

* *Vier: ¿Qué es eso, Lio?*

* *Yo: No sé... una llave; estaba aquí...*

* *Do: Creo que es de Ro. Me parece haberle visto jugar con ella alguna vez.*

* *Vier: Sea de quien sea algún día su dueño la reclamará. Déjamela aquí, Lio.*

Me encojo de hombros y miro inexpresivamente el diminuto objeto.

* *Yo: No... casi mejor se la llevo yo. De todas formas hoy me apetece pasear.*

Vier asiente con la cabeza. Recojo mi lámpara y según salgo del local el barman me hace un último apunte.

* *Vier: Está bien, chico, pero si no le encuentras regresa aquí y déjamela ¿eh? Y otra cosa (guiñando un ojo); ya eres mayorcito y no puedo prohibirte que salgas de noche, así que sólo te diré que tengas cuidado.*

Afirmo entonando un ruidillo ambiguo mientras me alzó la capucha y desciendo por las escaleras que abandonan la isleta. Retorno hasta la playa a través del mullido camino que flota sobre el mar y comienzo a bordear la orilla.

Un rayo divide el cielo e ilumina, lejana, la gigantesca figura del faro. Está apagado.

La esponjosa arena de la playa da paso a un suelo de roca, y sobre la roca encuentro un caminito de adoquines que bordea la isla. Gradualmente el camino se eleva por encima del nivel del mar y va apareciendo a mi derecha un acantilado. Muy abajo suenan las olas golpeando contra las rocas.

El camino se divide en dos. Uno continúa bordeando la isla y otro se adentra en ella. Prosigo por el que bordea la costa, pegado al desfiladero. El otro camino conduce al cementerio. Procuro en vano evitar tristes recuerdos.

El faro permanece oculto tras la opresiva oscuridad, pero sé que estoy cerca. La pendiente del camino se ha incrementado tanto que el adoquinado se ha plegado en escaleras. Supero hasta el último peldaño y me descubro frente a frente con la puerta de la majestuosa torre.

Hago oscilar la lámpara sobre mi cabeza. Más allá de mi luz el mundo no existe. Empujo la puerta y ésta se abate sin oponer resistencia.

** Yo: ¿Ro?*

Un eco fantasmal me desvela su ausencia.

Me deslizo al interior. Un inquietante vacío me envuelve. Es como estar en el interior de una gran chimenea.

Incrustadas en la pared ascienden unas escaleras igual que una enredadera. Me ciño al muro y subo por los peldaños.

Mil pasos más tarde encumbro el edificio y accedo a una habitación circular. Las paredes son de cristal y en el centro hallo la luz apagada del faro. El mobiliario se reduce, a más de la lámpara, a una solitaria mesa colocada junto a los ventanales. Sobre la mesa descubro una caja de metal, que examino sin atreverme a tocarla.

Tiene el mismo tamaño que un gran volumen de medicina.

Cedo a la tentación e intento abrirla, pero está sellada con llave, como indica una cerradura en uno de sus lados. Me antepongo al aguijonazo de la curiosidad y abandono mi empeño.

De un momento a otro aparecerá Ro.

Paseo por la habitación ambigualmente. Saco la llave que le he de devolver a Ro y la hago bailar entre mis dedos. Camino en círculo alrededor de la lámpara del faro y mis pasos me devuelven, de nuevo, junto a la mesa. Esta vez, la llave de oro en la mano, incita descaradamente a una comprobación.

A simple vista la llave parece del tamaño apropiado. La introduzco en la cerradura y cercioro que encaja a la perfección. La giro y un tímido chasquido reaviva la llama de mi curiosidad. Aparco mi lámpara en un lado de la mesa y alzo la tapa de metal. Sonrío al comprobar que, en efecto, lo que guarda en su interior es un libro.

Saco el libro cuidadosamente y arropado entre mis manos lo abro con mimo. Un rápido vistazo me basta para determinar su naturaleza: es un diario, el diario del farero.

Ojeo una página tras otra. El manuscrito refleja idas y venidas de barcos, notas sobre el tráfico marítimo de antaño, y algunos pensamientos y opiniones del autor.

Debe remontarse muchos años atrás si habla de barcos que navegaban por estas aguas.

Avanzo en el diario hasta que las anotaciones sobre barcos desaparecen.

Debió ser entonces cuando sucedió todo.

Ahora sólo encuentro anotaciones inconexas del farero tras la extinción de la navegación. Se ha tornado más superficial mi peregrinaje por el manuscrito y ya he cubierto la mitad del diario. Justo cuando me dispongo a saltar directamente a las últimas páginas me detengo y retrocedo hasta el último párrafo que había ojeado fugazmente.

* Yo: (musito inconscientemente) ¿Proyecto?

Releo con calma la hoja que ha llamado mi atención. A continuación leo la siguiente, la siguiente y la siguiente. El diario se confiesa sobre un tema del que ya había tenido conocimiento a través de los murmullos de viejos marineros. Es algo de lo que nadie habla y tácitamente han censurado. Algo que conmocionó la vida de la isla tras el éxodo de la navegación. Trata sobre la gestación de un ambicioso proyecto para buscar tierra firme más allá de la línea del horizonte.

..... *Historia*

Tras la desaparición de las estrellas y la Luna del firmamento muchos fueron los navegantes que quedaron atrapados en la isla, entre ellos un osado inventor al que el cataclismo afectó de igual forma. Todos maldijeron su suerte y resignados se asentaron y acomodaron en la isla. Todos menos uno; todos menos “él”, quien se encomendó a la ardua tarea de hallar un método plausible de abandonar la isla.

En el proyecto participaron cientos de hombres reclutados por el anónimo personaje, y lo que antes era el puerto se transformó en una bulliciosa base de operaciones. Se levantaron estructuras tras cuyos muros se llevaron a cabo sofisticados experimentos en pro del único y ansiado fin. Se construyeron y fletaron exóticas y complejas embarcaciones que día tras día se alejaban de la costa para no regresar jamás. En la primera fase del proyecto se perdieron incontables vidas.

Poco a poco muchos voluntarios, presos del miedo, renunciaron a persistir en tal empresa.

Finalmente, el inventor ordenó la construcción de un titánico barco. El barco, por su tamaño, semejaba una ciudad flotante, y culminada su construcción, así como todos los preparativos, la descomunal mole se introdujo mar adentro, para desaparecer más tarde tras la línea del horizonte. Su fabricación no solo había menguado en extremo los recursos de la isla, sino también la población de hombres. Cientos de almas que, junto al inventor, jamás regresarían a la isla.

.....

Despego la vista de las páginas y el repiqueteo de la lluvia en el exterior me rescata de nuevo hacia la realidad. Tras los cristales sólo hay oscuridad, oscuridad absoluta. Pero en ese instante una hiriente refulgencia, un rayo, se derrama desde el cielo como una cascada de ardiente lava. La fogosa reverberación parece eternizarse al

salpicar con su luz algo que nunca había visto con mis propios ojos. El puerto. Afloran en mi interior, como las burbujas que expira un ahogado, recuerdos de infancia

..... *Recuerdo*

(Escucho nítida la voz de Vier aconsejándome) ¡Jamás te acerques por ahí, Lio! Allí sólo hay muerte, es un sitio maldito.

.....

Morbosamente intrigado, aguardo ansioso una nueva manifestación de pirotecnia celestial.

Unos pasos me sobresaltan. Alguien asciende las escaleras del faro. Retorno el diario a la caja de metal, la cierro con llave, y justo cuando recojo la lámpara y me vuelvo aparece Ro por el hueco de la escalera. Porta una lámpara tan potente que la habitación se ilumina como si fuese de día.

* *Ro: (Jadeando) Me tienes mareado, chico. Vuelvo al bar a por la llave y me dicen que tú habías venido en mi busca.*

* *Yo: (Miento con una sonrisa forzada) Ya, acabo... acabo de llegar.*

* *Ro: ¡Uf! Bien... trae lo que has venido a darme.*

Le tiendo la llave fingiendo indiferencia. Lentamente le rodeo y encaro el hueco de la escalera.

* *Yo: Bueno... yo me voy.*

Desciendo los peldaños con mi lámpara iluminando los muros de piedra. Arriba he dejado a Ro, al cual escucho, entre los ecos del torreón, cómo empieza a poner en marcha la maquinaria del faro.

Ya en el exterior, oculto de nuevo entre los pliegues de mi capa y la capucha protegiéndome la cabeza, aguardo un instante bajo la monótona lluvia para reorganizar mis pensamientos. El camino que me ha traído hasta aquí rodea el faro y sigue bordeando la costa, pegado al acantilado, en dirección al extremo opuesto de la isla en donde se encuentra el pueblo. Hacia el puerto.

Es demasiada la tentación.

Cedo a mis fantasías y rodeo la torre. El corazón caminando a mayor ritmo que mis pies y la lámpara alumbrando el, para mí, desconocido camino, me dirijo determinado a llegar hasta el fin, hacia la zona de la isla a la que la gente del pueblo, las pocas veces que la nombran, se refiere con la palabra “prohibida”.

El faro, que había quedado engullido por la noche a mi espalda, prende súbitamente una luz en su cúspide, como el despertar de un cíclope que escrutase el insondable infinito.

El camino desciende de nuevo hasta el nivel mar, que se abate sobre la orilla, oculto en la oscuridad, y los adoquines desaparecen engullidos por la arena de la playa. Me detengo. Sin más luz que mi lámpara, en medio del vacío, me sorprende atrapado en un universo de supersticiones.

Guiado por el arrullo de las olas camino hasta la orilla y me siento más seguro cuando la luz de mi lámpara alcanza a iluminar un pedacito de mar. Sigo la línea de la costa. Ya no llueve y me desembarazo de la capucha justo cuando la lámpara ilumina un camino de madera que se cruza ante mí.

Describo un arco con la luz para observarlo mejor. La pasarela de madera se adentra hacia el mar. Decido subirme a ella y seguirla con bastante miedo; despacio, muy despacio, vuelvo a barrer con la luz el camino, justo en el instante el que un relámpago, seguido de otro más intenso, y de otra deflagración más, encienden la noche y descubren, teñido de tonos pálidos y reverberantes, el puerto. Cuando la luz se desvanece me apabullan los truenos en la oscuridad total.

La imagen ha quedado estampada en mi retina como un rápido boceto. La analizo.

..... *Análisis.*

El camino se adentra sobre el mar sustentado por pilares de madera. He visto robustas construcciones emergiendo de las aguas; en concreto tres gigantescos cubos de piedra que se alinean a la izquierda del camino. La primera construcción, a pesar de ser descomunal, es más baja que la segunda, y, a su vez, esta segunda es más baja que la tercera y última construcción. Parecen tres monstruosos peñaños que ascendiesen contra el mar.

.....

Avanzo entre la oscuridad y la primera construcción aparece a mi izquierda. Es un muro liso de piedra, sin fisuras. Sigo avanzando arrastrando la mano por su superficie en tanto vigilo el suelo que piso. Pierdo el contacto y acerco la lámpara al muro. Hay un vano rectangular de la altura de dos hombres y la anchura de uno, como el marco de una enorme puerta. Vacilo en la conveniencia de atravesarlo y juzgo más oportuno seguir explorando por el exterior. Recorro entera la primera construcción con forma de cubo.

Unos cincuenta metros de largo. Como es un cubo medirá lo mismo de alto.

La segunda construcción aparece separada unos diez palmos de la primera. Repito la misma operación: arrastro la mano por el muro, localizo su entrada, y continúo hasta llegar al final.

El doble, unos cien metros de largo y alto.

Encuentro otro espacio y paso a tocar la tercera construcción. Esta vez descuido mis pasos, absorto en la contemplación del muro, y no puedo evitar tropezar con algo y caer de cara contra el suelo de madera. La lámpara escapa de mi mano y rueda por el suelo, está a punto de precipitarse al mar por el lado derecho del camino, pero describe una milagrosa curva y se detiene girando sobre sí misma justo en el borde, dando vueltas como la luz de un faro hasta que se detiene lentamente.

Me levanto. La lámpara tirada a mi espalda me proyecta la sombra hacia el infinito, y a mis pies descubro la figura de un hombre tendido sobre la vía de madera. Su

fisonomía es inconfundible. Es Fa, el borracho del pueblo. Desmadejado como un trapo rebulle y despierta de su profundo letargo. Sus ojos se clavan en mí.

* *Fa: (Como ausente) ¿Du?*

Una terrible descarga emocional me traspasa las entrañas. El hombre ha pronunciado uno de los dos nombres que en mi interior están enquistados en la tristeza.

* *Yo: No... me confundes con mi padre...*

Fa, concentrado en contener las arcadas, no parece haber prestado oídos a mi aclaración.

* *Fa: Has vuelto, Du. ¿Y la Luna? No veo la Luna... ¿Qué buscas aquí?*

Sus ojos vidriosos me traspasan y fijan la mirada unos pasos tras de mí. Un escalofrío me serpentea por la espalda y aguanto el impulso de volverme, temerosos en verdad de encontrarme cara a cara con algún espectro.

* *Fa: Tu esposa te siguió, Du, yo la vi.*

El borracho mira a la mancha negra que es el cielo.

* *Fa: Ella movía mortecinamente su mano sobre el agua de la playa antes de partir. Yo la vi con mis propios ojos caminar sobre el agua. Sí, te lo juro, Du.*

Vuelve a fijar su atención en el espectro que él ve a mi espalda.

* *Fa: (Casi en un susurro) Pisó la superficie y no se hundió. Un paso tras otro hasta desaparecer de mi vista. Te aseguro que lo vi como te estoy viendo ahora mismo a ti, Du; tan claro como este negro cielo.*

Ha vuelto a sumirse en su letargo etílico.

Permanezco unos segundos aturdido. La mención a mis padres ha barrido las arenas del tiempo que ocultaban su recuerdo.

Sólo son las elucubraciones fantásticas de un borracho.

Me repongo y recuperando la lámpara del suelo abandono a Fa en su sueño. Me dispongo a investigar el último edificio.

Si se sigue la progresión geométrica que existe entre el primer edificio, cincuenta metros, y el segundo, cien, el tercero mediría unos doscientos metros de largo por otros doscientos de alto. Increíble.

Acaricio la pared según avanzo. Cuento los pasos, y cuando calculo que he alcanzado la mitad del edificio me topo con su entrada. Aguanto la respiración y cruzo el umbral.

En el interior no hallo nada, parece vacío, diáfano; o, por el momento, ofrece esa sensación, pues el cerco luminoso de mi lámpara apenas alcanza la pared de la entrada. Al frente, su aura luminosa es devorada por la negrura. Tampoco diviso el techo.

Aventuro unos pasos. La estancia se percibe descomunal; ni siquiera el eco de mis pasos me es devuelto. Sigo penetrando en la oscuridad y ahora no se ve nada a mi alrededor, sólo el suelo que piso.

Entreveo una forma. Al acercarme más la luz me descubre una mesa. Una enorme plancha cuadrada de madera que se eleva sobre el suelo hasta la altura de mi cintura. Es tan grande que entorno suya se podrían disponer cincuenta hombres.

Apoyo la mano sobre el tablero, avanzando mi cuerpo sobre él, y estiro el brazo que sujeta la lámpara para esparcir su luz sobre toda la mesa. En su superficie hay tallado algo que identifico rápidamente. Es un tosco mapa de esta misma isla. En él se ve una porción de tierra circular y en su centro un lago de agua dulce de igual forma; semeja un grueso anillo. Es igual a cualquier otro mapa de la isla, salvo por la inclusión de algo siempre obviado en la confección de todos los que yo he visto hasta el momento. En éste aparece bien definido el puerto, la zona prohibida.

Cansado de aguantar estirado sobre la mesa me impulso hacia atrás para afianzar mis pies en el suelo, pero al hacerlo tropiezo y me sujeto a algo que mi mano encuentra a la izquierda, algo que, lejos de frenar mi caída, se vence conmigo hasta el suelo y caigo sentado. Confuso, sólo acierto a mantener en alto mi fuente de luz. Me he apoyado en lo que parece una palanca tan alta como la mesa y que ahora se encuentra abatida hacia mí. Sin tiempo para levantarme descubro asombrado su utilidad.

He activado algún tipo de mecanismo, pues la mesa ha empezado a descender. Parece hundirse en la tierra por su propio peso. Pero no desciende todo el tablero, sino que algunas porciones de mesa se van rezagando en el descenso quedando más altas que otras y formando así relieves. La isla que estaba dibujada en el tablero emerge de un mar de madera. La mesa es ahora una maqueta de la isla, un modelo a escala que crece desde el suelo hasta la altura anterior de la mesa.

Sentado en el suelo, la lámpara proyecta alargadas sombras sobre los relieves de la maqueta, como si amaneciese en la pequeña isla. Me levanto y sobrevuelo con mi sol el conjunto entero. Tengo la mirada baja y no percibo la aparición de una nueva fuente luz, que ha ido ganando en intensidad imperceptiblemente. Alzo sorprendido la cabeza y la encuentro flotando a unos dos metros sobre el centro de la maqueta. Su luz es ahora más intensa que la de mi lámpara.

La oscuridad se va rompiendo a mí alrededor y nuevos misterios se desvelan a mis ojos. Hay más mesas repartidas por toda la estancia. Las paredes y el techo aún no alcanzo a verlos.

El edificio debe estar completamente hueco.

Dejo la lámpara en el suelo y me acerco a una de las nuevas mesas. Encuentro junto a ella una palanca y la acciono con excitación, esperando una nueva metamorfosis.

Sin embargo, no se desencadena la aparición de otra maqueta, sino que su superficie comienza a convulsionarse igual que si fuese líquida.

¡Es un mapa de olas!

Aparece una nueva luz flotando sobre el mapa de olas. Es de una intensidad menor que la de la maqueta y desprende tonos azulados.

Indago en otra mesa, luego en otra y después en otra. No dejo de asombrarme ante los descubrimientos que hago. Una de las mesas es un mapa de vientos, que se hacen visibles gracias a polvillos de diferentes colores que flotan arrastrados por corrientes que serpentean por toda la mesa. Otra es un fascinante mapa cuya naturaleza me cuesta desentrañar, pues tras oscilar su palanca en principio sólo aparece una tenue luz naranja flotando sobre el tablero, pero al estirarme sobre la mesa descubro con pasmo su secreto.

¡Un mapa de olores!

Investigo una mesa tras otra. Mapas y más mapas, a cada cual de una peculiaridad sin par y más exótico que el anterior. Luces y más luces sobre cada una de las mesas, todas ellas distintas en intensidad y color. Me siento extasiando en la presencia de tantos ingenios maravillosos.

Todas las mesas han sido confeccionadas en pro del mismo objetivo: hallar un método fiable de navegación para encontrar tierra firme más allá de esta isla.

He ido bordeando el edificio activando las mesas. Habré puesto en funcionamiento unos treinta mapas todo alrededor de la estancia y ahora puedo ver, entre luces multicolor, los muros que delimitan el interior. Aún no he penetrado hacia el centro del edificio, que permanece a oscuras.

Decido investigar en dirección al corazón de la sala. Camino en línea recta y activo la primera mesa que encuentro a mi paso, pero no me detengo a averiguar su función y continúo avanzando. Tras de mí su luz crece en intensidad hasta que me ilumina la siguiente mesa. Acciono su palanca y prosigo la marcha. Las estudiaré más tarde, ahora sólo pretendo acabar con la inquietante oscuridad.

Me muevo mecánicamente. Activo una mesa y avanzo a tientas hasta que justo antes de alcanzar a la siguiente la luz que ha quedado creciendo a mi espalda me la muestra, activo el mecanismo de la nueva mesa y me sumerjo de nuevo en la oscuridad, encuentro una nueva mesa, la activo y oscuridad, otra mesa y oscuridad, otra mesa y... un flash, un velo blanco nubla mi consciencia.

.....

Me despierto tumbado boca arriba sobre el suelo. Siento una punzada que me abrasa la nariz y el dolor se extiende por toda mi cara como líquido hirviendo. Doblo el cuello y miro en dirección a mi pecho. Descubro una gran figura delante de mí. El rostro me duele terriblemente y deduzco que he chocado contra ella por andar a oscuras.

Me levanto en tanto la luz que había encendido a mi espalda gana en intensidad y me ilumina mejor el misterioso obstáculo. Parece un gigantesco cuenco de madera de igual diámetro que el de las mesas y de una altura el doble que la mía.

Está en el centro del edificio. Debe ser algo importante.

Apoyado contra el gran cuenco hay una escalera de mano. La asciendo y al encumbrar la boca del plato quedo un instante ensimismado contemplando su interior. Dentro, adheridas a la pared del cuenco, puedo ver incontables y diminutas celdillas, como en un panal de abejas. Las celdillas, en forma de prismas cuadrados, se organizan en anillos cada vez más estrechos según se acercan al fondo del cuenco, que es un círculo vacío. Semeja la imagen de un coliseo romano.

Desde el fondo del plato (la arena del coliseo) nacen en dirección a la superficie del cuenco, en cruz como los rayos de un sol, cuatro hileras de liliputienses escaloncitos.

Es una maqueta del titánico barco al que hacía referencia el diario del farero. Las celdillas deben ser los camarotes de la tripulación.

Me meto dentro de la maqueta y resbalo sentado sobre las celdillas hasta aterrizar en el fondo del plato. El tamaño de los camarotes es pequeñísimo.

Si está fabricado a una escala real el barco original era titánico.

Sólo hay un objeto que no parece haber sido confeccionado a escala. En el centro del barco hay una enhiesta palanca idéntica a las que activan las mesas-mapa. La abato hacia mí. Suena un silbido que traspasa las entrañas de barco, como una orquesta de violines desafinados, y empieza a escucharse un ruido de engranajes. El sonido rezuma

por todas partes y el gran cuenco comienza a temblar, en tanto siento una sensación de vértigo que me estremece.

¡El barco se está elevando!

Escalo hasta el borde del coliseo y descubro como las luces de las mesas-mapa quedan muy por debajo del barco, que asciende levitando a gran velocidad. El vértigo se aferra a mi estómago y siento que caigo en lugar de elevarme.

Un fogonazo sobre mi cabeza da lugar al nacimiento de una nueva y potente luz. Me dirijo hacia ella. Cada vez más cerca, cada vez más viva la nueva luz. Entrecierro los ojos porque se ha vuelto tan intensa como el mismísimo astro rey. Pero inesperadamente el borde del plato me eclipsa la visión del extraño sol.

¡El barco se vuelca! ¡Caeré contra el suelo!

Pero en lugar de caer me siento más seguro al invertir su posición el cuenco, como si la realidad entera hubiese girado con el artilugio; el suelo ahora el techo y viceversa.

La luz hacia la que me elevaba vuelve a aparecer vertiginosamente por la borda del barco cegándome con su fulgor, pero un instante más tarde ya se encuentra a gran distancia sobre mi cabeza y sigue alejándose.

La he sobrepasado.

El barco se detiene con un terrible impacto y resbalo por el borde del cuenco hasta el fondo. Aturdido, me froto los ojos para recuperarme. El cuenco se bambolea rítmicamente, como si buscase un equilibrio, como...

Como si flotase.

Recuperado, no me sorprende el hecho de no caer hacia el suelo a pesar de hallarme boca abajo.

La gravedad se ha invertido.

Escalo de nuevo hasta la borda y descubro con asombro, a la luz del nuevo Sol, que estoy rodeado por agua.

Un techote agua. Sin duda la gravedad aquí es distinta.

A mi alrededor hay una delicada niebla que obstaculiza la visión más allá de unos pocos metros. Una juguetona brisa me sacude el pelo y su fría caricia me hace estremecer.

¿Brisa aquí dentro?

Vuelven a sonar las tripas del cuenco como un burbujeo. Se mueve, avanza por el improvisado mar. Retorna la brisa y esta vez arrastra consigo aromas salados. El barco parece gruñir y cambia de dirección.

¡Él también lo ha percibido! ¡Está rastreando! Esto debe ser, a gran escala, la síntesis y puesta en escena de todas las mesas-mapa. Aquí se mezclan los mapas de olas, vientos, ruidos, olores, sabores, colores, emociones... todas aquellas señales que, a falta de astros en el firmamento, puedan servir de guía en la navegación.

El barco progresa sobre el agua bajo su propio gobierno. Entre la niebla no puedo ver hacia dónde se dirige.

La niebla debe servir para impedir la orientación visual.

La embarcación topa con algo y se detiene. Me asomo y descubro una pequeña porción de tierra que aflora de entre las aguas del mar en réplica.

* **YO:** *(Susurrando al cuenco como si de un ser vivo se tratase) Buen chico, sin duda puedes rastrear tierra.*

.....

Ya he retornado la palanca del barco a su posición original y el cuenco ha retrocedido hasta el centro del pequeño mar, ha vuelto a levitar alejándose de las aguas y la gravedad se ha invertido otra vez, aterrizando de nuevo junto a las mesas-mapa. El sol artificial se ha apagado y el techo vuelve a ocultarse lejano en la oscuridad. Entusiasmado, he seguido agotando la noche pasando de una mesa a otra, extasiándome con cada descubrimiento. Incluso he abandonado el gran edificio e inspeccionado los otros dos, que han sido destinados también a experimentos, pero de un cariz menos sofisticado y trascendental.

La salida del Sol me ha sorprendido justo cuando abandonaba el edificio más pequeño y ante mí ha aparecido la imagen del puerto. Ahora puedo ver con total claridad los tres edificios y tomar verdadera conciencia de su magnitud.

Sobrecogedores.

Fa ya no está tirado sobre el camino de madera.

He regresado al edificio de mayor tamaño y he quedado fascinado. La luz del amanecer se ha empezado a filtrar a través del lejano techo de agua. Da la impresión de ser muy fina la capa de líquido y en tanto el Sol ha progresado en el firmamento su luz ha irrumpido con mayor fuerza a través de la translúcida membrana.

He desactivado todas las mesas para observar mejor el fenómeno. Es tan clara la luz que parece increíble que sólo penetre por el techo.

Los muros de lisa piedra se ven ahora desnudos y descomunales a la luz del día, y he advertido que en uno de ellos, el que apunta hacia el mar y el amanecer, hay una enorme puerta de dos hojas. Instintivamente he dividido la atención entre el barco, en mitad de la sala, y la puerta.

El barco pasaría holgadamente por esa puerta ¡Incluso las mesas están colocadas de forma que parecen abrir un camino entre ambos! Seguro que hay alguna forma de fletar la maqueta.

En ese instante una tormenta de emociones ha desfigurado todas mis futuras intenciones y las ha orientado y concentrado en una sola.

Me lanzo al mar.

..... *Historia*.....

Desde pequeño me habían contado que mi padre se había hecho a la mar y que nunca regresó. Mi madre, ahogada en angustia, había muerto de tristeza y ahora descansaba, eterna y tranquila, en el cementerio de la isla.

.....

Mis viejos recuerdos encuentran ahora enlace con la actualidad.

Fa, en su delirio, ha insinuado que mi padre, del que nunca he sabido más que su nombre, había participado en el ambicioso proyecto. La otra parte de sus devaneos, en la que aseguraba haber visto a mi madre alejarse caminando sobre el mar se antoja más inverosímil, sin duda producto de su fantasía. Tal vez fuese su espíritu lo que vio, que después de fallecida, aún quiso encontrar a su amado...

Retorno a la realidad y centro mi atención en la réplica del barco en el que habría zarpado mi padre.

** Yo: No sé si el alma de mi madre te encontró, pero te aseguro que yo sí lo haré, padre.*

.....

Impulsivamente he abandonado el edificio y también el puerto. De nuevo junto al faro ya no puedo ver el universo de fantasía que he dejado atrás, oculto tras los relieves de la isla; sólo desde lo alto del faro puede observarse.

Hasta ayer mis conocimientos de este mundo llegaban hasta aquí.

Desando el camino que recorrí en la noche y me desvío por el camino que conduce al cementerio. Llego al valle de lápidas y con mucho respeto disminuyo el ritmo. Siento la presencia de aquellos que ya no están y a mi izquierda, reclamando mi atención,

percibo el aura que desprende el eterno lecho de mi madre. Procuro ignorarla. Atravieso en línea recta la explanada y me adentro por un sendero en el joven bosque, hacia el corazón de la isla.

Corriendo entre la vegetación, sin aliento, llego a mi casa, al pie del Gran Lago. Sus aguas centellean a la luz del Sol y proyectan serpientes doradas sobre la fachada de mi hogar.

Entro en casa, asciendo a zancadas las escaleras de caracol y llego a la buhardilla. La luz del día irrumpe purísima a través del gran ventanal. Comienzo a seleccionar libros de las estanterías. Escojo tres gruesos volúmenes y con ellos cargado me acerco a la ventana. Junto sus cristales no advierto el transcurrir del tiempo. Estoy hechizado contemplando las vidriosas aguas del Gran Lago; semejan un espejo. Me imagino paladeando su sabor dulce; me veo como un pez escarbando sus gelatinosas texturas. Una lágrima acaricia, salada, mis labios.

Es hora de partir.

Recojo del suelo un gran zurrón de cuero, guardo en él los libros, y abandono corriendo la casa en dirección al pueblo.

Ya entre las calles camino fingiendo indiferencia, procurando evitar preguntas. La gente más madrugadora, toda ella conocida, me saluda y yo la correspondo.

Dejo atrás el pueblo, recorro el camino de madera que flota sobre el mar hasta la cilíndrica isla de roca, y subo las escaleras que ascienden en espiral a la plataforma de madera en donde se asienta solitario el bar. Me acerco a la barra con forma de anillo, tras la que suele despachar Vier, y me cuelo dentro del círculo por un pequeño hueco destinado a esta función. En el suelo, junto a mis pies, hay una trampilla cuadrada de madera. La alzo con sigilo y aguanto un instante quieto. No se oye nada.

Unas escaleras de madera conducen a las cavernosas profundidades de la islita. Desde el interior escapa una tenue luz. Desciendo a hurtadillas y acabo en una habitación. En un rincón, sobre una estrecha cama y arropado con gruesas mantas, duermo plácidamente Vier. Una pequeña lámpara, encima de una banqueta a su lado, esparce muy débil la luminosidad justa para poder identificar todo el mobiliario, que a más de la cama y la banqueta, se compone de una mesita y dos sillas.

Cojo la lámpara furtivamente y gracias a su parca luz encuentro en el extremo opuesto de la habitación una pequeña entrada en el suelo. Unas escaleras se descuelgan

hacia la oscuridad. Bajo por ellas y llego hasta el refrescante corazón de la pequeña isla. La bodega.

Grandes estanterías repletas de botellas centellean en tonos verdosos con cada movimiento de mi lámpara. Ilumino una alacena empotrada en la roca y la abro despacio. Saco de su interior un gran queso redondo y una no menos abundante hogaza de pan. Como no me caben en el zurrón busco por los alrededores y encuentro un gran paño con el que envolverlos. Colgada de un clavo de la pared hallo algo que también creo me será útil: una tripa vacía.

Regreso al dormitorio de Vier y retorno la lámpara a su sitio. El cansado barman sigue roncando.

* *Yo: (Apagado, lacónico) Adiós, Vier.*

Salgo al exterior cargado con el zurrón que ocupan mis libros, la tripa vacía, y las provisiones envueltas en el paño.

.....

De regreso a la playa encuentro un niño jugando con las pequeñas olas del mar. Con cada evolución de la gran masa de agua el crío escapa corriendo entre risas. Le conozco bastante, como a cada uno de los habitantes de la isla.

* *Niño: (Me saluda risueño) Hola, Lio.*

* *Yo: Hola, Deso. Hoy madrugas mucho, ¿no?*

* *Niño: No tenía sueño. Además, papa dice que madrugar es de hombres de provecho.*

* *Yo: (Suspicaz) ¿No tenías sueño? ¿No habrás tenido pesadillas otra vez...?*

* *Niño: No, ya nunca tengo pesadillas, sólo sueños bonitos. Mama siempre me recuerda, antes de dormirme, cómo te deshiciste de las pesadillas. Dice que eres un gran inventor como tu mamá.*

Las palabras del niño hacen rebosar mi orgullo, y por un instante me cuestiono la idea de abandonar la isla; aquí me quieren; más esto también me recuerda que no debo partir sin antes recoger algo.

* *Yo: Dile a tu mamá que gracias, pero que no tuvo importancia. Ahora me tengo que ir.*

* *Niño: ¿A dónde?*

A pesar de ser un niño quién lo pregunta, ni en labios del hombre más sabio esas palabras me hubiesen calado tan hondo.

* *Yo: Estoy... tengo... tengo... estoy... estoy haciendo un experimento y se me acaba de ocurrir cómo... resolverlo.*

En estas tierras, en las que la palabra “prisas” ha perdido ya toda su identidad, alegarla pude incurrir en una tremenda descortesía. Sin embargo, el niño regresa despreocupado a sus juegos, como si ya me hubiese marchado. Suspiro.

Cruzo de nuevo el pueblo y retorno a través del bosque hasta mi casa. Voy a recoger aquello que me ha recordado la conversación con el niño.

Entro y cerca del umbral de la puerta abro un armario ropero. Me agacho y al pie de las prendas de vestir, junto a unas viejas botas de piel, encuentro un paquete. Lo recojo y sujeto torpemente bajo el brazo. Salgo de nuevo por la puerta sin molestarme en cerrarla, camino hasta la orilla del lago, y me arrodillo junto a sus mansas aguas. Hundo la tripa que cogí en la casa de Vier y espero, entre los glogloteos que escapan por su boca, hasta que saciada se silencia.

Ya está todo.

.....

He regresado al puerto y he entrado en el edificio de mayor tamaño. Estoy junto al gran cuenco, la réplica del barco en el que partió mi padre. Arrojo a su interior el zurrón con los libros, la comida, el agua, y el paquete.

Me acerco hasta la enorme puerta, en el muro que se ofrece al mar, y agarrando dos asideros abro sin apenas esfuerzo las dos hojas, que se abaten totalmente contra la pared. Una rampa, tan ancha como la puerta, desciende suavemente hasta tocar el agua del mar. Retorno junto al barco e intento, sin éxito, arrastrarlo por todo el edificio hacia el enorme portalón que apunta al infinito.

Probemos otra táctica.

Subo por la escalera de mano y me introduzco en el barco. Dentro, agarro la palanca que activa el mecanismo de cambio de gravedad y, en lugar de abatirla por completo, la tumbo levemente, sólo un poco. El barco se eleva, ligero, un palmo del suelo y se mantiene estable a esa altura, flotando, sin ser atraído totalmente por la gravedad del techo. Trepo hasta la borda y bajo nuevamente al suelo por la escalera.

Situado tras el cuenco respiro hondo y avanzo contra él con las manos por delante. Al empujarlo el barco escapa veloz como si se deslizase sobre hielo. Pierdo pie, caigo de frente, y la escalera que antes estaba apoyada en el cuenco choca contra el suelo cerca de mi cara. Levanto la barbilla y observo las evoluciones del navío. Surca a gran velocidad el pasillo que le abren las mesas hasta llegar a la puerta que antes he abierto, pero en lugar de deslizarse por la rampa hasta el mar, vuela a causa del impulso y aterriza derramando a su alrededor una enorme cascada que pretende derramarse sobre el cielo.

** Yo: ¡Jo!*

Excitado, corro hasta la puerta y allí me detengo. El barco, por suerte, no se aleja, sino que parece haber salido rebotado al chocar contra el agua y regresa hacia mí, topa con la rampa y junto a ella permanece manso acunado por el mar. Aventuro un paso al frente pero me detengo.

La borda queda muy alta. No podré saltar dentro.

Vuelvo veloz hasta el centro del gran edificio y allí cargo bajo el brazo con la escalera.

¡Maldita precipitación...!

De nuevo en la puerta, jadeando, asiento las patas de la escalera sobre la rampa y la apoyo contra el cuenco. Comienzo a subir por ella y a causa de mi propio peso el barco empieza a alejarse. Apresuro la ascensión y me encaramo a la borda en el instante en el que la escalera resbala y cae al agua. Me quedo un momento colgando pero logro alzarme a pulso y me dejo caer rodando al interior del barco.

Dejaré que las corrientes me arrastren mar adentro y entonces accionaré el mecanismo para rastrear tierra. No puedo hacer más por ahora.

.....

He pasado la noche entera en vela y me noto repentinamente cansado. Cierro los ojos y me duermo.

..... *EL SUEÑO.*

Brumas. Revivo en imágenes una historia con la que Vier me dormía de pequeño.

Nota: Tras perder a mis padres fue Vier quien se encargó de mí y asumió las responsabilidades de tutor, hasta que yo fui lo suficientemente mayor como para permitirme regresar y vivir en la casa que había sido de mis padres. Ahora, a mis dieciséis años, me alejo por primera vez de mi hogar.

Es la historia de cómo fueron creadas, y más tarde borradas del firmamento, las estrellas y la Luna.

Veo una dama.

* *Voz ronca de Vier: La más bella dama.*

* *Yo: Dama de piel de leche, de cabello de espuma, como la Luna.*

* *Voz ronca de Vier: Pues Dama y Luna, Luna y Dama, son lo mismo.*

La Dama deambula místicamente ante mí. Camina de un lado a otro, y en la gran dicha que transmite su rostro asoma traidora, se delata, una secreta angustia.

* *Voz ronca de Vier: Vive la Dama, la más bella dama, en la más alta habitación del más alto torreón. Baila y juega con sus hadas, diminutas y sinceras compañeras; y, aunque ríe y llora de alegría, no es tan dichosa como ella misma desearía. La Dama se mira a un espejo tan alto como lo es ella.*

* *Yo: Un espejo le hace compañía. Un espejo que sólo tiene ojos para ella; para ella y la Luna, pues ambas son una.*

* *Voz ronca de Vier: En efecto refleja a capricho sólo esto el espejo, pues es un superficie sólo aparece la bella imagen de la Dama, que se ve como un llanto de nieve, de ternura, sobre el lienzo de plata.*

La Dama tiene amistad, tiene alegría, más no tiene amor y en su busca no puede partir, pues sólo ventanas tiene su habitación, y ni puertas ni escaleras le permiten abandonar el torreón. . .

Veo una habitación circular con cuatro ventanas distribuidas alrededor, apuntando a cuatro puntos distintos. Cuatro pequeñas hadas entran cada una por una de las ventanas. Las diminutas guardianas de la Dama admiran bucólicas su figura. Murmuran y vuelan nerviosas.

* *Hadas: La Dama está triste.*

Las cuatro se interponen entre el espejo y la Dama.

* *Hadas:* ¿Qué te sucede Dama mía, nuestra, Dama infinita?

* *Dama:* (Los ojos arrasados en lágrimas) ¿De qué me sirve ser tan bella? Pues no hay quien mi hermosura bese, quien mi ternura respire.

Se conjuran las hadas a su espalda.

* *Hadas:* La Dama está muy triste, debemos ayudarla.

* *Dama:* (Llorando ante su espejo) ¿De qué me sirve, de qué me sirve...?

Crispadas sus delicadas manos descarga la Dama sus puño y con ellos su angustia contra el espejo; eclosiona su superficie en mil pedazos que flotan como gotas de rocío por la habitación.

* *Pedacitos de espejo:* (Flotando cómo lágrimas de estrella) ¿Por qué?

La Dama exprime su angustia y caída de rodillas toma conciencia de su acto.

* *Dama:* (Implorando) Perdóname.

* *Lágrimas de espejo:* Nada hay que perdonar Dama mía, pues no hay mayor dicha que poder reflejar mil veces tu imagen.

Un suspiro de brisa se enreda y desenreda por la habitación; travieso, hondea entre los pliegues del vestido de la Dama y con sus hebras arrastra las lágrimas de espejo, y las arroja y esparce por las cuatro ventanas.

* *Dama:* ¡No, por favor, no me dejes!

Afuera la Luna flota triste en el aire, bajo las ventanas. Se lamenta. Ve escapar el polvo de plata en las cuatro direcciones y admira, reflejada en cada minúsculo pedacito de espejo, su imagen; pues los espejitos sólo pueden reflejar a la Dama y a ella. Ahora son luminosas estrellas

* *Voz ronca de Vier:* *Vuelan por siempre, velando en la noche la imagen de la Luna, las estrellas.*

* *Hadas:* *(Susurran a la Dama) No estés triste.*

* *Estrellas:* *(Repiten cual eco) No estés triste.*

* *Hadas:* *Mejor así, ellas te traerán amor.*

* *Estrellas:* *Nosotras te traeremos el amor.*

Vuelan y escapan las cuatro hadas cada una por una de las cuatro ventanas en las cuatro distintas direcciones.

* *Voz ronca de Vier:* *Portan las cuatro hadas un mensaje de la bella Dama, una misiva de amor a quien a ella se haga valedor.*

Veo cuatro caballeros que a los cuatro ruegos responden; de cuatro reinos proceden; en cuatro barcos se acercan. Rasgan el mar a su paso. Las estrellas les guían. Ya han llegado los cuatro, al unísono, al pie de la torre.

* *Hadas:* *(Advirtiendo a los caballeros) Sólo uno podrá subir.*

Resuelven los caballeros dilucidar esta cuestión de la manera más noble y valerosa; sin duda, en mortal duelo.

La refriega es cruenta y armoniosa, y el vencedor, el único aún con vida, es compensado con el honor de ascender en volandas a manos de las generosa hadas. Y es en la parte más alta de la torre, en la más alta habitación, en donde se encuentra por primera vez cara a cara con la Dama.

** YO: Dos suspiros se hacen uno, y Dama y caballero se funden en un amor ilimitado, eterno e infinito, imposible de quebrar.*

Tan feliz se ve a la pareja que sólo una mirada les basta para vivir el uno dentro del otro.

** Voz ronca de Vier: Caballero de noble armadura, de aventuras, se rinde irremisiblemente a los devaneos del amor, de la hermosura. La Dama, que al fin ha encontrado aquello que tanto requería, no puede más que llorar de alegría.*

** Caballero: (Mientras abraza a la Dama con ternura) Tu amor me libera de buscar grandes empeños, pues no existe en el mundo mayor conquista que la de alcanzar tu corazón.*

Se desprende el caballero de la Dama en un doloroso esfuerzo, se gira y le da la espalda (con el cuerpo, no con el alma) y se acerca a una de las ventanas.

Caballero: (Viendo la Luna a sus pies) Es casi tan bella como tú. (Le susurra a la Luna) Ven, ven, acércate; acércate, por favor (sus ojos, su tono de voz, hechizados). Ven, por favor (sus pupilas se ven manchadas por el tinte de la locura). Acércate y comparte éste momento, sé mi regalo, pues mi amada te merece como todas las cosas del mundo.

La Dama permanece inmóvil, tras el caballero no puede ver su expresión desfigurada. Dibuja una ligera sonrisa; la adula la devoción de su amado pero persiste estática, temerosa de quebrar, como un cristal, el delicioso momento.

* *Caballero:* (Estirando el brazo temerosamente hacia la Luna) *Acércate. Casi te puedo tocar.*

Es tan despreocupada su acción que pierde pie y se precipita al vacío, mientras la Dama, a su espalda, ahoga un grito.

Cae el cuerpo del caballero y aún tarda en chocar contra la Luna, infinitamente más lejana de lo que sus visiones les habían asegurado. Tan abajo flota el astro que el impacto contra él sesga en el acto la vida del caballero. Surcan su cuerpo horrendas heridas por las que escapan cascadas de sangre.

La Dama corre hasta la ventana y observa aterrada la escena.

El rojo líquido que en vida corría por el corazón del caballero se extiende sobre la Luna como un velo carmesí, y oculta cual oscuro telón su luz. A tal efecto las estrellas, que vivían de reflejar su lechosa claridad, se apagan también.

Total y absoluta oscuridad.

La Dama, perdida en la negrura, derrama en su llanto la más sobrecogedora angustia. Se derrumba sobre el suelo.

* *Dama:* *¿Por qué, por qué? Ojalá nada de esto hubiese nunca sucedido. Ojalá yo nunca hubiese existido.*

* *Voz ronca de Vier:* *Y tal fue la tristeza que irrumpió entonces en su corazón que su deseo fue concedido. Dama y torre dejaron de existir; borrándose incluso del recuerdo de aquellos que conocían el emplazamiento del torreón, para que no hubiese un lugar en dónde su ausencia llorar.*

.....

Me despierto al sentir unas frías gotas golpear mi cara. Tumbado boca arriba escruto el cielo. Está encapotado, el ambiente aparece inquieto y fresco. Me estremezco destemplado. Cae ya el día; lo he gastado por entero en dormir. Me estiro para desentumecerme y suspiro.

¿Qué estoy haciendo?

Escalo hasta la borda del barco y examino en derredor. No diviso tierra por ninguna parte.

¿Qué he hecho? ¡Si ni siquiera tengo la certeza de que este chisme funcione en mar abierto!

Me arrepiento de haber sido tan impulsivo y una sombra pesimista se proyecta sobre mi aventura. Me deslizo hasta el fondo del barco y acciono la palanca que debería poner en marcha el mecanismo de rastreo. Pero no parece suceder nada.

** YO: (Musitando angustiado) ¡No!*

Retorno la palanca a su posición original y la abato de otra vez. Nada. Repito la operación tres veces más; mismo resultado. Abandono la palanca inútilmente tumbada. Vuelvo a encaramarme a la cubierta. Inspecciono nervioso el horizonte. Nada.

Nada, nada, nada...

Resignado a mi suerte descuelgo la cabeza fuera del barco y fijo la mirada en las oscuras y profundas aguas del mar.

¿Habré accionado incorrectamente el mecanismo?

Me vuelvo y observo, desilusionado, que la palanca se encuentra en la posición que debería activar el proceso de rastreo.

A lo mejor no está pensado para distancias tan grandes... ¡Maldita sea!

Desalentado, me siento en el borde del gran cuenco mirando hacia su interior. Descartada toda esperanza se despierta en mí un estricto sentido analítico de la situación.

Curioso diseño el del barco ¿Por qué tiene esta forma? ¿Será para soportar desde cualquier flanco los envites de las olas?

¿Y esa gran explanada en el centro?

Recorro con la vista los diminutos camarotes que rodean el cuenco.

Ni aunque toda la tripulación bajase a la explanada ocuparía una mínima parte. Quizá ahí iba algo que no se incluyó en la maqueta. Algo realmente grande.

Desciendo hasta la plataforma. Por el suelo están esparcidos el zurrón con los libros, la tripa llena de agua, los alimentos envueltos en el paño, y el paquete.

Recojo el zurrón y me lo cuelgo al hombro. Desato el paño, parto un cacho de pan y, con ayuda de un hilo que extraigo laboriosamente de la tela, corto el queso en dos mitades, y de una de las mitades secciono una generosa porción. Aferro la tripa por el cuello y regreso, avituallado con alimento, agua, y conocimiento, a mi atalaya en la borda del barco. Acomodo el agua y la comida sobre mis rodillas y rescato del zurrón uno de los gruesos volúmenes. Lo abro por una página al azar y repaso distraído el contenido. Habré leído éste libro un millar de veces, no me cansa. Aún tardará un par de horas en caer el día.

Cada página que avanzo la acompaño con un sorbo de agua y un pequeño mordisco al pan y al queso. Ingiero por inercia, sin hambre ni ganas, a pesar de no haber probado bocado en mucho tiempo.

Debería racionar el alimento.

Unas gotitas de lluvia manchas de pecas el papel. El cielo sigue gris.

Se avecina una tormenta.

Abúlico, decido ignorar la situación y continúo leyendo.

Una sacudida me saca del apático estado. Baten las olas merodeando en torno al barco con furia contenida. Cae de súbito la noche y la lluvia se vuelve intensísima.

¡Maldición! Esto no lo había previsto... ¡No he previsto nada!

Bajo al fondo del barco. El viento es ahora gélido y estoy aterido de frío. Recojo del suelo el enorme paño que envolvía el pan y el queso y me arropo con él. Acurrucado, resguardo bajo mis rodillas los alimentos y el zurrón con los libros.

El barco empieza a zarandearse violentamente y la lluvia se recrudece. Escondo la cabeza entre las rodillas y me abandono derrotado. Estoy congelado y apenas siento mi cuerpo bajo la torrencial cascada de agua. Anestesiado, caigo en un mundo de infinita melancolía, tanta que aguantar despierto se antoja innecesario. Me duermo.

.....

Despierto. La lluvia persiste torrencial, pero ahora el barco parece mantenerse estable y no hay febriles olas que arañen su casco. Ya no hace frío; sopla una brisa templada. El suelo, la cubierta, milagrosamente no se ha encharcado ni un ápice.

Debe haber algún sistema de drenaje.

Me envuelve una agradable claridad.

Ha pasado la noche, está amaneciendo.

Pero hay algo más. Entre el feroz repiqueteo de la lluvia se filtra un suave murmullo, como un zumbido. Lo identifico al instante.

¡El mecanismo de rastreo!

Percibo cómo el barco se mueve. Me deshago del paño con el que me abrigaba y escalo hasta el borde del cuenco. La lluvia rompe la superficie del mar a mí alrededor y ante mí, borrosa, se perfila tras la densa cortina de agua una isla. Vislumbro formas rotas y desencajadas... unas ruinas que parecen haber sufrido un triste abandono. No diviso una sola alma. Choca la embarcación contra la orilla y el frenazo es tan violento que salgo despedido por la borda y aterrizo desmadejado sobre tierra firme. Me duele todo el cuerpo.

El suelo es de piedra.

Me yergo ileso a pesar del golpe y examino los alrededores. Me alivia haber encontrado tierra firme, sin embargo...

¿Dónde estoy?

El suelo de la isla es de roca lisa, como una inmensa plancha de mármol. No cesa el aguacero y todo está impregnado de tonos azules.

Avanzo. El sonido de mis pasos se confunde con el repiqueteo de la lluvia. Me detengo. Ahora puedo ver definidas las ruinas.

Parecen puestos de venta.

Tenderetes de madera abandonados se esparcen como cadáveres por toda la isla.

Deben datar de la época de la navegación, de cuando los puertos eran centros de riqueza. Por aquí pasarían millares de personas traídas por millares de barcos.

Me doy la vuelta y veo, solitaria y mecida por el mar, mi extraña embarcación. La orilla describe un gran arco.

La isla debe tener forma circular.

Arrastro junto a mi barco una caja que encuentro y me aúpo por encima de la borda. Recojo toda la carga: el zurrón con los libros, el agua, la comida, y el paquete; y salto de nuevo a tierra.

He de averiguar si es realmente una isla o conecta con más tierra.

Camino en dirección al centro de la hipotética isla. Sorteó los tenderetes de madera, en ocasiones estrechamente agrupados, y consigo dejar atrás la barrera de

puestos y acceder a una explanada vacía. Sólo la ocupa el chapoteo de la lluvia sobre el frío suelo de piedra.

Continúo avanzando el línea recta y me sorprendo al advertir, no muy lejana, una figura humana. Está sentada y encorvada en mitad de la llanura. Me acerco al extraño. Una túnica con capucha oculta por entero su fisonomía. Al acercarme más descubro que ante el enlutado personaje se abre en el suelo de piedra un gran boquete circular, de un diámetro similar al del barco en el que he arribado a la isla. Un remolino de agua se contorsiona en el interior de agujero.

Decido llamar la atención del enigmático individuo, pero él se adelanta a mi gesto y de entre los pliegues de su ropa asoma una mano extendida. No es un saludo, sino que la palma apunta hacia mí indicándome que no haga nada. No emite ningún sonido. Entonces cierra todos los dedos de su mano, excepto el índice, y me señala el remolino de agua que gira a sus pies.

** Yo: ¿Qué?*

No se inmuta bajo sus ropas.

Dejo los alimentos sobre el suelo y me acerco intrigado. Aprieto con fuerza el paquete contra mi pecho; me transmite seguridad. Sólo veo un remolino de agua.

** Yo: ¿Qué quiere...?*

La figura rebulle lentamente y avanza un poco más su dedo para insistir en el gesto.

Me sitúo a su vera y estiro el cuello con cuidado de no desequilibrarme. Sigo sin observar nada extraordinario.

** Yo: No...*

Sin darme tiempo a reaccionar noto como algo me empuja por la espalda. De sesgo descubro que quien me impulsa es la otra mano que guardaba oculta la figura. Caigo al agua. Intento asirme al borde pero es imposible, no hay dónde aferrarse. El remolino me

atrae hacia su centro ante la indiferencia de mi verdugo, que se mantiene inmóvil y oculto bajo su negro atuendo.

¡Moriré ahogado!

El líquido embudo me engulle inmisericordioso. Contengo instintivamente la respiración y con los ojos fuertemente cerrados noto como mi cuerpo gira. Intento retener hasta el último aliento. Vértigo; mareo.

Inesperadamente todo se detiene. Creo hallarme erguido, de pie. Abro los ojos y observo mis ropas, que están secas, al igual que el paquete que sigo aferrando infantilmente.

Inspecciono los alrededores. Me encuentro en una gigantesca sala circular azul. No estoy solo. Vuelvo la cabeza y encuentro, tras de mí, como un sólido pilar en el centro de la habitación, una gruesa columna de agua que no cesa de retorcerse febrilmente.

Debe ser el remolino que me engulló. He salido de él.

Regreso la vista al frente y examino mi nueva compañía; aún no han reparado en mí presencia. Puedo ver más de un centenar de seres encapuchados que me dan la espalda, enfrentados a la lejana pared azul de la sala.

¿Qué extraños muros son estos?

Las paredes semejan cristal.

No es cristal... parece gelatina... ¡Es agua!

Los muros parecen vivos. Giran entorno a la descomunal habitación como el caudal de un río y parezco estar en el ojo de un remolino. Tras de mí siento girar también la columna de agua.

Un remolino dentro de un remolino.

Abro la boca para anunciarme.

* *Yo: ...*

Angustiado, no consigo articular palabra alguna. Un agujonazo me perfora el pecho y me derrumbo frágil como una torre de naipes. La realidad se ha tornado difusa. Convulso, tirado sobre el suelo, noto como penetra en mis pulmones una bocanada de fuego, de aire. Lentamente recupero la claridad de visión.

Seguía aguantando la respiración.

La cara y manos contra el suelo descubro la exótica naturaleza de su superficie.

Es agua. Parece la superficie del mar; ¡sin embargo no me mojo ni me hundo!

Entorno a mí se ha congregado una anónima multitud; tal vez unos mil. Turbado, intento enderezarme.

* *VOZ: ¿Quién eres, muchacho?*

Aún a horcajadas no puedo identificar quién me habla.

* *Yo: Soy...*

* *VOZ: ¿Cómo es que no te has ahogado?*

Ya de pie observo a mi público. Me superan en altura y todos visten una túnica azul con una capucha volcada sobre la cabeza. Encaro el rostro del más cercano. Su piel es también azul y es imposible concretar su edad y sexo. El andrógino ser oculta su cuerpo bajo la etérea toga, que flota grácilmente evitando ceñirse a su anatomía. Su azulado rostro queda enmarcado por la capucha del mismo color.

* *VOZ:* (Consigno localizarla justo al lado del ser que estaba mirando) Si nunca has estado aquí deberías haber muerto. Solo los que reciben autorización pueden pasar, y para hoy, como desde muchos años atrás, no había concretada ninguna cita.

* *Otra voz:* A no ser...

* *VOZ:* Sí, ya lo sé; a no ser que por sus venas corra la sangre de las familias a las que se les haya permitido el paso. ¿Es ése tu caso, joven?

* *YO:* No... yo... mi barco me trajo hasta la isla.

* *Voz a mi espalda:* ¿Tu barco?

* *Una cuarta voz:* ¿Eres un navegante?

* *VOZ:* No mientas, chico, la navegación es algo pasado. Desde la desaparición de la Luna...

* *YO:* (Cauto) Eso mismo voy buscando, la Luna...

* *VOZ:* ¿Por qué?

* *YO:* Mi padre participó en un proyecto para tal fin.

* *VOZ:* Entiendo ¿Y?

* *YO:* Nunca regresó. Si encuentro la Luna le encontraré a él.

* *VOZ: ¿Y hasta qué punto estas dispuesto a llegar para desentrañar esa duda?*

* *YO: ¿Qué?*

* *VOZ: Me refiero a saber qué suerte corrió tu padre.*

* *YO: Es... mi búsqueda.*

Analizo las palabras del ser esforzándome en encontrar algún sentido que no logro descifrar.

* *YO: Todo cuanto esté en mi mano.*

* *VOZ: Dices que tu padre se embarcó en un proyecto para encontrar la Luna.*

* *YO: Sí.*

* *VOZ: ¿Estarías tú dispuesto a intentar tal empresa? Buscar la Luna, quiero decir.*

* *YO: No entiendo... ya la busco.*

* *VOZ: Lo que te estoy proponiendo es un trato, muchacho; tú encuentras la Luna, y yo te digo si tu padre logró, al menos, cruzar los mares sano y salvo.*

* *YO: ¿Cómo podrías saberlo?*

* *VOZ: (Abre los brazos en cruz pero sin asomar la manos fuera de las mangas) ¿Ni siquiera sabes dónde estas?*

* *Yo: No.*

* *VOZ: (Meditando en voz alta) Qué raro. Bueno, supongo que con el tiempo éste lugar habrá perdido relevancia. Yo te lo diré. Somos el alma del mar; los escribas del mar, quienes crean su obra; somos el mar. Todo cuanto sucede en sus aguas lo controlamos nosotros.*

* *Yo: ¿Y cómo es que no sabíais que llegaba yo?*

Al instante me arrepiento de mi impertinente comentario. Ha sido una descortesía y el ser me mira ahora taciturno.

* *VOZ: Eso... es porque ya no esperábamos a nadie. Desde hace años no prestamos atención a la navegación, porque no hay nada a lo que prestarla; nada hasta hoy, por lo que vemos.*

Pero dime, aún no me has respondido. ¿Aceptas el trato?

Retardo la respuesta a pesar de tenerla muy clara. Dejo fluir el tiempo para dar sosiego a mi cansada cabeza y una eternidad más tarde le respondo.

* *Yo: Sí.*

* *VOZ: Pues no se hable más, el trato se ha cerrado, no hay marcha atrás.*

El ser me señala con uno de sus brazos la columna de agua. Su mano permanece oculta bajo la extensa manga.

* *VOZ: Vuelve ahí y obtén nuestra parte del trato.*

* *Yo: ¿Me vuelvo a... meter?*

Mi socio asiente con la cabeza.

** VOZ: No temas nada, es la única forma de llegar al fondo del mar.*

No tengo otra alternativa que la de obedecer. Me vuelvo, aspiro hondo, aguanto la respiración y avanzo contra la columna de agua. A mi espalda escucho una última advertencia.

** VOZ: No necesitarás hacer eso. Respira.*

Adelanto las manos y al contacto con el agua quedan aprisionadas en su interior y la columna me absorbe con un fuerte tirón. Doy vueltas en el centro del remolino y noto como me arrastra hacia las profundidades. La travesía dentro de sus aguas se dilata en el tiempo más de lo que había previsto.

¡No puedo aguantar más la respiración!

Me arden los pulmones y su demanda de oxígeno me obliga a ceder involuntariamente a su ruego. Expulso con un estertor el aire muerto y aspiro instintivamente con avidez; sin embargo mi cuerpo no se anega de líquido, sino de un aire puro y limpio que mitiga mi agonía.

¡Imposible! No hay separación entre mi boca y el agua

No acaba nunca el viaje. Sigo girando. Sigo hundiéndome. Más hondo.

El fondo del mar debe estar tan lejano de la superficie como el cielo de la tierra.

Tiempo más tarde, mucho tiempo más tarde, el remolino me impulsa fuera y quedo, los pies plantados sobre firme y mareadísimo, pretendiendo cómicamente mantenerme vertical. Al recuperarme descubro que el suelo no es una capa translúcida de agua, como la anterior vez, sino tierra seca.

** Suave voz: Bienvenido al fondo del mar.*

Busco con la mirada a mi anfitrión y encuentro ante mí, estático, a un único personaje. La sala no es tan grande como la anterior, sino pequeña, de las dimensiones de un exiguo dormitorio. Lo muros giran al igual que en la otra sala, pero la columna de agua en el centro de la habitación posee distinta forma, pues en lugar de ser cilíndrica se estrecha hacia la base hasta acabar en pico, dibujando un cono invertido o una gran peonza. Quien me ha dado la bienvenida es un ser idéntico a los otros: túnica y capucha azul ondeando a su alrededor y rostro del mismo color con rasgos andróginos. Sólo estamos él y yo en la habitación.

** Suave voz: Bien, estas aquí para recibir nuestra parte del trato. Sin embargo ellos no me informaron de tu verdadera identidad. No han sabido leer en tu rostro las líneas de tu descendencia, a pesar de estar claras, muy claras.*

El místico ser avanza un paso hacia mí; sus ropas flamean igual que una tela bajo el agua. Su rostro queda a un palmo del mío; ojos almendrados de cristal azul. Ladea la cabeza y me examina con descaro. Sus facciones son delicadísimas.

Parece el rostro de un muñeco de porcelana; porcelana azul.

Inesperadamente el ser eleva, veloz pero armonioso, uno de sus brazos y la manga de su túnica se desliza hacia atrás descubriendo una extraña mano. Una mano fina y delicada, pero de siniestra apariencia. Sus dedos son larguísimos, el doble de lo normal.

La mano semeja una araña.

Posa su extremidad sobre mi cara y tantea con dulzura, suave, acariciándome.

El extraño personaje retira la mano, que vuelve a ocultarse bajo la manga, y retrocede el paso que le había acercado hasta mí. Se gira dándome la espalda y vuelve a hablar con su melódica voz.

* *Suave voz:* *Ni siquiera tú sabes quién eres, ¿verdad?*

Guardo silencio sin saber qué responder.

* *Suave voz:* *Tu madre ya estuvo aquí antes que tú.*

* *Yo:* *¿Cómo?*

* *Suave voz:* *Deberías saber que fue ella quien nos buscó. Escribió su mensaje en las aguas del mar y se le concedió el privilegio que a ningún otro se le había concedido hasta entonces: cruzar los mares como antaño hicieron los navegantes.*

..... *Recuerdo*.....

(Me vienen a la memoria las revelaciones que Fa, el borracho, me hizo en el puerto) “Meceía mortecinamente su mano sobre el agua de la playa antes de partir. Yo la vi con mis propios ojos caminar sobre el agua...”

.....
¡No murió en la isla! Quizá también siga con vida.

* *Suave voz:* *Fue un trabajo arduo, muchacho. Para trazar el sendero por el que ella vendría caminando cual ángel salvador tuvimos que trabajar todos conjuntamente, todos los niveles sin excepción. (Se vuelve hacia mí, el brazo en alto descubriendo su mano que señala al techo con uno de sus largos dedos) Desde la superficie hasta el fondo, desde el primero hasta el último; todos los niveles coordinados para poder crear una sólida columna de agua bajo los pasos de tu madre.*

* *Yo:* *(Hechizado por la mirada del insólito ser) ¿Cuántos niveles hay?*

* *Suave voz:* *Tantos como puedas imaginar. Cada nivel es una sala, y cada sala, según te adentras en las entrañas del mar, es controlada por menos de nosotros.*

* *Yo:* *Y el fondo sólo lo controlas tú...*

* *Suave voz:* *Sí, y sólo de él sé yo, y sólo yo sé de él todo lo que se puede saber. Como te dije, tu madre fue conducida hasta nosotros. Su propuesta era lícita. Nos planteó encontrar la Luna a cambio de cierta información...*

* *Yo:* *Saber qué fue de mi padre.*

* *Suave voz:* *En efecto. Y su duda, por nuestra parte, fue zanjada. Por lo que ella se encaminó a cumplir su porción del trato.*

El personaje calla. Un instante de extraña tensión que él mismo se encarga de romper.

* *Suave voz:* *Y aún no ha vuelto.*

Me quedo perplejo y sin palabras.

* *Suave voz:* *Y tú, ahora, nos propones lo mismo.*

* *Yo:* *Sí.*

* *Suave voz:* *Bien. Pues el mar se rige por unas normas, y una de ellas es que jamás sella el mismo pacto dos veces; por eso, a ti te propongo un pequeño cambio. Te ofreceré la información de lo que acaeció a tu padre a cambio de que encuentres a tu madre y le transmitas un simple mensaje: que recuerde el trato que hizo y que debe cumplir.*

* *Yo: ¿Qué le pasará si no cumple su parte del trato?*

El ser guarda un momento de silencio.

* *Suave voz: ¿Sigues deseando saber qué fue de tu padre?*

Me molesta que no me responda, pero me repongo con orgullo.

* *Yo: Sí.*

El ser se gira de nuevo dándome la espalda y enfrentándose a la pared de viva agua. Alza ambos brazos y al retraerse las mangas afloran sus dos manos de forma arácnida. Con sumo esmero acerca sus largos dedos al muro y lo perfora como si fuese gelatina. Las patas de la araña se hunden hasta la mitad forzando estelas en la corriente que gira entorno a la habitación, como los surcos que dibujan las piedras en mitad de un río. Mueve sus falanges arrastrando y enredando sinuoso flecos de espuma, complejas formas sobre el agua.

Debe ser algún tipo de escritura. Como si el mar, al igual que un impensable libro, guardase en su interior la información que estos seres le proporcionan. Ahora mismo quizá revise las páginas que compondrían el fondo del mar, su nivel, y en una de ellas podría leer la respuesta a mi pregunta.

* *Suave voz: Como suponía, poco ha cambiado desde entonces. Sólo que ahora el cuerpo de tu padre (se vuelve para encararme) lo conforman unos huesos más limpios que los de antes.*

* *Yo: (Musitando) Murió.*

No sé cómo debo sentirme. No estoy triste, pues nunca conocí a mi padre. Lo que sí percibo con claridad es un sentimiento de fracaso, un terrible desánimo por tan inútil búsqueda.

El ser me sonríe; una sonrisa extraña, desprovista de emoción.

** Suave voz: Debiste haberlo supuesto cuando te mandaron hasta mí, al fondo del mar, para que desentra ases tu duda.*

Consternado, aguanto impasible. Me ha engañado y utilizado.

** Suave voz: Ahora te toca a ti, muchacho, cumplir tu parte del trato. Tras recibir esta misma respuesta tu madre se encaminó hacia las montañas para llamar a la Luna.*

Me enfurece la actitud del sibilino personaje.  Sab a la respuesta antes de d rmela y aún así me forzó a aceptar el trat ! Pero no pienso protestar. El ser introduce de nuevo sus dedos en el muro de agua y, con idéntica habilidad a la de un alfarero cuando ensancha la boca de una vasija, separa armoniosamente sus dos manos hasta quedarse con los brazos en cruz, abriendo un gran hueco en la pared, un túnel. El ser se echa a un lado.

** Suave voz: Ve tras ella, pues ahora t  también estas en deuda con nosotros.*

.....

Sigo el túnel que se abre a través del fondo del mar. A pesar de que la luz del Sol no llega hasta esta profundidad una tenue claridad se filtra por las paredes de agua; su fuente son unos fantásticos peces luminosos que me acompañan tras los transparentes muros.

Topo con unas escaleras e inicio su ascensión. Los peldaños son de roca lisa y húmeda. Subo y sigo subiendo. Un paso, otro paso, otro más; sobre mi cabeza aún se ve sólo oscuridad. Encumbro un peldaño, luego otro y otro que supero con dificultad; me detengo exhausto.

Me llevará una eternidad alcanzar la superficie.

.....

Tal vez halla transcurrido una eternidad y las piernas me duelen insoportablemente, pesadas y sin fuerza. Los peldaños ahora ya no son de roca, sino de arena compactada. Ha transcurrido mucho tiempo desde que abandoné a los peces de luz, que se han quedado en las abisales profundidades, y su luminosidad ha sido sustituida por la del mismo Sol, cuya claridad ha ido ganando en intensidad según he progresado en mi ascensión. A lo lejos, al fondo del empinado túnel, puedo ver ahora un puntito luminoso.

La luz del día ¡El exterior!

Las escaleras terminan y salgo a una playa a través de un imposible agujero abierto en la superficie del mar. Ya en el exterior, mis pies hundidos un palmo en el agua de la costa, una pequeña ola se abalanza sobre la salida del túnel haciéndola desaparecer. El Sol arde en lo alto del cielo y se refleja como lluvia de oro sobre el mar.

Avanzo hasta pisar la arena seca de la playa; el suelo está lleno de algas.

Aún aferro el paquete que he adoptado como mi fiel compañero. Lo dejo caer al suelo y me desplomo agotado. Tumbado, abandonado boca arriba, una de mis manos se cierra sobre una correosa alga.

Algas... son bastante resistentes; podría juntar unas cuantas...

Me siento sobre la arena y recolecto cuantas algas encuentro en mi perímetro. Con paciencia las anudo y trenzo hasta elaborar una resistente cuerda. Rodeo con ella el paquete pasándola en cruz y cerrando la presa con un fuerte nudo. Me cargo el paquete a la espalda y ato los extremos de cuerda que quedan libres como una mochila.

Satisfecho, alzo la vista y descubro, lejano, mi objetivo.

Las montañas.

Los picos se hallan lindando con el mar y he de seguir la costa para llegar hasta ellos.

Cansado aún, me levanto e inicio la marcha sobre la ardiente arena de la playa. A mi derecha bate tranquilo pero incansable el mar. Me escuece la garganta de sed y ruge mi estómago de hambre, pero no tengo nada con lo que sofocar estas necesidades. Sigo avanzando. El Sol ha comenzado a declinar.

He de llegar a las montañas antes de que anochezca. Seguramente allí encuentre al menos agua.

Mareado, arrastrando la vista por el suelo y mi triste sombra encorvada un metro por delante mía, se acaba la arena bajo mis pies y camino ahora por una explanada de lisa roca, que se adentra a mi derecha en el mar. Me muevo como en un sueño, y me sorprendo al despegar la mirada del tapiz de roca que es el suelo y encontrar, cercanísimas, las primeras montañas; son de un agradable color rojizo.

Animado, acelero la marcha a pesar de lo agotado que me encuentro. Frente a mí se eleva un tupido sistema montañoso compuesto de abruptos picos de roca roja; una baja niebla oculta sus cumbres. Más que emerger de la tierra parecen clavados a ella, como afilados colmillos. Las primeras formaciones nacen directamente del mar mellando la línea de la costa. Debo penetrar entre ellas para poder avanzar. No hay vegetación alguna.

Descubro con alivio un pequeño riachuelo que se arrastra por el suelo de roca a través de un estrecho canal. Nace de algún lugar entre las montañas y corre veloz en dirección al mar. Caigo a su lado y hundo entera la cabeza en sus aguas. Está extrañamente caliente. Bebo hasta saciarme y, rendido, me derrumbo de espaldas cara al cielo y con la nuca sumergida en el río.

Me encuentro muy tranquilo. En el ambiente hay una tenue neblina que desenfoca el paisaje. Con el estómago abarrotado de líquido siento un dulce sopor. Jirones de fantasmagórica bruma se retuercen a mí alrededor. Me quedo dormido.

.....

Despierto. Ya ha caído el telón de la noche sobre el cielo. Me envuelve la insondable negrura.

¿Cómo sería una noche con Luna y estrellas?

Rebullo levemente y noto la nuca empapada. El agua del río, a pesar de que el aire se ha tornado gélido, sigue templada. Me veo temblar las manos de frío. Ya no hay niebla.

Es de noche... ¡no debería ver nada! ¿De dónde procede esta claridad?

Busco con la mirada su procedencia. La luz es más intensa entre las montañas.

Me pongo en pie. El río escapa de entre las cumbres por una especie de senda; la sigo. Me noto inusualmente repuesto del agotamiento que sentía, exultante.

Supero las primeras montañas y ante mí descubro, descomunal, en el centro de un gran valle rodeado por las altas cumbres, la magnífica fuente de luz.

Una montaña luminosa.

La admiro pasmado. Es como un chorro de candente lava derramado desde el cielo. Tan esbelta que más parece una enorme columna.

Un pilar del cielo.

Su luz es rojiza, intensa; como la del ardiente metal en la fragua.

Me hechiza tanto esta visión que casi me pasa inadvertida la presencia de algo casi tan extraño como la misma montaña. Rodeando el incandescente pilar y ocupando el valle por entero encuentro un silencioso pueblo. Todas las casas, la roca del suelo, las montañas, todo está impregnado del mismo tono rojizo. En el aire flota un denso olor a roca húmeda.

No veo una sola persona.

Duermen.

El río se adentra entre las casa por un estrecho canal. Las viviendas son estructuras simples de una sola planta y forma cúbica. Están hechas con la misma piedra que alfombra las calles y conforma las montañas que encierran el valle. Las ventanas son

toscas vanos cuadrados cerrados con cortinas, tras las cuales en ocasiones se vislumbra luminosidad que delata la existencia de vida tras ellas.

Avanzo cauteloso por las calles. El río corre alegre por un canal a mi izquierda, y al seguirlo me encamino directo al corazón del valle, hacia la columna de luz; ahora me encuentro cerquísima de ella. Supero un recodo del camino y a la vuelta de una casa me encuentro al pie de la luminosa montaña.

¡El río fluye de la montaña de luz!

La montaña proyecta una luz intensa pero suave que se desvanece en la zona más próxima al suelo. Su enorme base, al no estar iluminada, se aprecia que está compuesta por la misma roca rojiza que da forma a todo. Y es ahí, en su base, donde nace el río; la piedra parece sudar el agua cristalina, que resbala pastosa por su falda y es recogida por un canal, que rodea toda la montaña y se conecta con el conducto que lo aleja a través de las calles hasta llegar al mar.

Alzo la vista.

Inmensa.

No alcanzo a ver su final. Su luz aumenta en intensidad cuanto más se acerca al cielo.

Demasiado estilizada para ser una montaña. No hay fisuras ni juntas; está hecha de un solo bloque... parece más una torre o una columna...

** Misteriosa voz: ¡Chst!*

Un seco chistar a mi espalda me sobresalta y de soslayo vislumbro una puerta cerrada por una cortina.

** Misteriosa voz: ¡Aquí!*

Desde el oscuro umbral, entre el cortinaje levemente descorrido, asoma y se agita una mano nerviosa. Me indica mediante señas que me aproxime.

** Misteriosa voz: ¡Venga!*

Receloso, camino lento a su encuentro. A un par de pasos de la puerta aguardo a que se repita la llamada, más no vuelve a sucederse, la voz se ha diluido en el interior una pequeña casa. El silencio, sin embargo, supera en atractivo a la prudencia y cubro la escasa distancia que me separa del umbral y asomo la cabeza. Sólo negrura.

¡¿Qué hago?!

Arrepentido de mi atrevimiento intento retroceder un paso, pero algo me atrapa por la nuca y me atrae violentamente hacia el interior. Apenas logro mantenerme en pie en tanto escucho como se corre a mi espalda la cortina. Oscuridad total.

** Misteriosa voz: ¡Quieto!*

Aguanto estático.

** Misteriosa voz: No te resistas.*

Noto el contacto de una mano que se cierra entorno a mi muñeca y me guía a través de la penumbra. Avanzo a ciegas, pero no tropiezo con nada.

¿Estoy en peligro? ¿Debo intentar escapar?

Nos detenemos y escucho un fuerte ruido. Algo realmente pesado se arrastra invisible en algún lugar de la estancia. Silencio. Me abandona mi lazarillo y quedo inerme en mitad de las tinieblas.

Un chasquido antecede al despertar de una pequeña llama que se agita al desperezarse sobre una estrecha vela. Una negra figura sostiene en su mano el fino cilindro de cera.

..... *Retrato mental*.....

Unos veinticinco años. Ropajes negros como la noche se ciñen a su atlética anatomía. Melena negra, como el ala de un cuervo, amanece lisa y brillante bajo un pañuelo negro que se ajusta a su frente. Rostro severo, de facciones marcadas y hermosas, que me observan a través de unos estrechos ojos de azabache. Posee un porte muy elegante. Sin embargo, su mirada trasluce locura...

.....

** Joven de negro: Puedo ayudarte.*

Mientras el extraño habla uno de sus ojos se abre de par en par, en tanto el otro, el derecho, se mantiene entreabierto, conspirador, como si intrigase por sí solo. Impresionado, retrocedo un paso.

** Joven de negro: (Inquieto) No, no tengas miedo. Te voy a ayudar. Puedo ayudarte a subir.*

Su extraña propuesta me desconcierta.

** Yo: (A la defensiva) ¿A dónde?*

** Joven de negro: (Señalando hacia el techo) A la montaña de luz ¿A dónde si no?*

El extravagante joven habla tropicado, impaciente. Se vuelve y camina hasta una mesa de piedra, sobre la que hay una esfera de cristal a la que acerca la llama de la

vela. Súbitamente el diminuto aliento de fuego salta al interior de la burbuja de vidrio y permanece sinuoso flotando en su centro. El joven arroja despreocupado la vela apagada a algún oscuro rincón de la casa.

Como un fugaz amanecer la estancia se ilumina gradualmente a la luz de la esfera. Me encuentro en una habitación de la casa, pero no hay puertas ni ventanas.

La puerta debe estar camuflada en algún muro. Es una sala secreta.

El único mobiliario es la mesa de piedra sobre la que refulge la esfera. Junto a la fuente de luz observo también toda suerte de objetos extraños de forma cuadrada, redonda, tubos que se enroscan sobre sí mismos...

* *Joven de negro: Soy inventor, ¿sabes?*

* *YO: (Desconcertado) Ya. Pero dime, ¿para qué querría yo subir a esa montaña?*

* *Joven de negro: (Impaciente) ¿Qué? Todos aquí vienen a lo mismo. Todo el mundo quiere subir a la montaña ¿Tú no? ¿Por qué estas aquí entonces?*

* *YO: Busco a alguien.*

* *Joven de negro: ¿Sí? ¿A quién?*

* *YO: A mi madre.*

* *Joven de negro: Pues aquí no la encontrarás, te has equivocado; aquí abajo sólo hay hombres, mujeres no; las únicas que hay cerca de aquí viven allí arriba, en la cumbre de la montaña. Pero no son mujeres, ¿sabes? Son diosas. Ahí arriba viven los dioses. Por eso todo el mundo quiere subir, y por eso aquí sólo hay hombres, no es tarea de mujeres. Este pueblo se fundó para tal empresa:*

subir a la montaña. Siempre hay alguien que llega o alguien que desiste, pero siempre alguien lo intenta. Pero sólo eso (ríe históricamente). Yo lo conseguiré, y si tú quieres te llevo.

..... *Recuerdo*.....

Mi mente retrocede hasta la conversación que tuve con el ser azul de suave voz. "Tu madre se encaminó hacia las montañas para llamar a la Luna".

.....

Sonrío al pensar en la posibilidad de que una mujer haya logrado aquello que tanto esfuerzo le está costando a un pueblo entero de hombres.

* *Yo: ¿Y cómo de alta es esa montaña?*

* *Joven de negro: (Sonriendo) La más alta.*

* *Yo: No sé por qué querrías llevarme contigo, pero... acepto tu oferta.*

* *Joven de negro: Bien...*

El extraño parece relajarse, como si al acceder yo a su ofrecimiento le hubiese liberado de algún temor.

* *Joven de negro: Pues manos a la obra.*

* *Yo: ¿Ahora?*

Joven de negro: Ahora.

* *Yo: ¿Y cómo lo haremos?*

* *Joven de negro: Fácil, he estado trabajando en ello. Esa roca es tan lisa e impenetrable que es imposible escalarla ni mellarla (señala un punto en la pared tras el cual debe estar la montaña). Pero a más de esa peculiaridad, tiene otra.*

* *Yo: ¿Sí?*

* *Joven de negro: Claro, tú mismo lo has podido ver.*

* *Yo: ¿Brilla?*

* *Joven de negro: ¡Exacto! Dimana luz.*

* *Yo: ¿Y?*

* *Joven de negro: (Sonriendo) Mira esto.*

Se acerca nervioso hasta la mesa y rebusca entre los cachivaches que se esparcen sobre su superficie. Selecciona un aro de metal de un diámetro semejante al de una rueda de carro y con gesto divertido lo arroja al suelo. El objeto baila escandalosamente un instante hasta que se detiene.

No está cerrado. Está roto...

El joven se agacha y junta los extremos abiertos del aro, que emiten un chasquido. Ahora el círculo está cerrado. Me guiña un ojo y pasa la mano por encima del aro. Sorprendentemente, con el gesto va dejando una estela negra tras su extremidad, como si arrastrase la luz. El extraño se pone en pie, aspira hondo, y con los carrillos hinchados cómicamente aguanta el aliento y salta dentro del círculo. Inexplicablemente sus

movimientos se ralentizan y permanece flotando en el aire. Comienza a agitar los brazos frenéticamente.

¿Intenta nadar?

Lentamente, con angustioso esfuerzo, comienza a elevarse. Bracea a cada instante más extenuado. Alcanza el techo, lo toca, pega sus brazos al cuerpo y desciende suavemente. Al posarse de nuevo sobre el suelo avanza un lento paso fuera del aro y sus movimientos recuperan su dinamismo natural en cuando abandona el círculo. Expulsa el aire en un torpe estertor y recupera el ritmo de respiración. Está empapado en sudor.

** Joven de negro: (Jadeando) Me ha costado más de lo que esperaba. Aquí dentro hay muy poca luz.*

** Yo: (Impresionado) Ya entiendo. Yo también soy inventor. ¡Has conseguido aumentar la densidad de la luz! ¿Cómo has hecho para crear una columna de luz densa?*

Por toda respuesta obtengo una sonrisa. Se agacha y con habilidad rompe el círculo desuniendo el aro por donde antes lo había juntado.

Lo ha desconectado...

El enigmático personaje recoge del suelo su invento y se lo carga al hombro.

** Joven de negro: ¡Apágate!*

** Yo: ¿Qué?*

** Joven de negro: (Se ríe) No es a ti.*

La luz de la habitación se desvanece súbitamente.

.....

Estamos de nuevo en el exterior, al pie de la montaña de luz. Ignoro cómo he podido salir de la hermética habitación, pues la he abandonado de la misma forma que entré: guiado en la oscuridad por mi nuevo compañero. El joven de negro ha dejado caer el aro sobre el suelo y lo ha unido, conectando nuevamente el mecanismo. No hay nadie alrededor, sólo él y yo.

** Joven de negro: Un momento, se me olvida algo...*

Me abandona y regresa a su casa. Indago intranquilo los alrededores.

Nadie. Parece que todos duermen.

Reaparece mi excéntrico socio. Sostiene una gran esfera abarcándola con sus brazos.

¿Está hecha de tela? Por la forma en que la sujeta parece bastante liviana. Tela multicolor... qué horrible gusto.

** Yo: ¿Qué es eso?*

** Joven de negro: (Sonriendo) Un globo, un simple globo. Ponte esto.*

Me tiende dos cintas de cuero que van atadas a una gruesa cuerda, que a su vez está unida al globo.

Un arnés.

Paso ambos brazos a través de las correas mientras mi compañero me ofrece la esfera de tela. Agarro el globo y lo miro confundido.

** Joven de negro: Pues para adentro.*

El joven me señala el aro sobre el suelo.

** Joven de negro: Y no te olvides de aguantar la respiración hasta que llegues arriba.*

Me apabulla mi extraño socio. La situación comienza a desconcertarme.

Estoy pasando algo por alto...

** Yo: Espera... ¿Pero esto funciona? ¿Por qué ahora y no... por qué no hacemos una prueba antes? ¿Por qué no vas tú primero, que eres el que lo inventó?*

** Joven de negro: Yo voy después. Te lego el turno (me guiña un ojo) Mira, si es muy sencillo (señala con ambas manos el aro) Tú te metes ahí y flotas a toda velocidad hasta la cumbre.*

El joven señala al cielo y advierto que su ojo derecho, en lugar de acompañar a las explicaciones del inventor, me observa fijamente igual que un camaleón. El joven se gira hacia mí.

** Joven de negro: ¡Pero si es muy fácil! Mira.*

Se acerca y me arrebató el globo.

** Joven de negro: Esto va aquí.*

Sin darme tiempo a reaccionar arroja la esfera de tela sobre el aro.

Por qué me habré colocado el arnés...

La columna de luz líquida, más densa que el aire del globo, repele la esfera hacia el cielo; igual que una burbuja bajo el agua. Se tensa la cuerda que la une a mi arnés y con un brusco tirón me arranca del suelo. Antes siquiera de poder aspirar aire me hallo sumergido en la densa luminosidad. Me elevo vertiginosamente. Progreso fugaz a través del refulgente líquido, el cuerpo en tensión y los ojos entrecerrados. Aguanto la respiración; en verdad, me olvido de respirar.

De pronto dejo de notar la presión del arnés bajo las axilas y abro los ojos de par en par.

¡Ya no hay más montaña!

Se ha acabado la montaña, la he rebasado y con ella su luz, mi fuente de propulsión. Quedo flotando en el aire. Respiro frenético y braceo patéticamente, pretendiendo acaso volar. Empiezo a caer. Creo que llevo aún puesto el arnés, pero el globo ya no tira de mí. Desciendo desorientado.

¡Me voy a matar!

Sorprendentemente caigo sobre algo blando que detiene mi caída. La superficie contra la que he chocado se desparrama en derredor y suena una lluvia de chapoteos.

¡Agua!

La acuosa sustancia ha saltado a mis ojos y apenas logro ver. Creo que he caído en una charca poco profunda; apenas un par de palmos. Me encuentro sentado y asomo todo el tronco fuera del agua.

** Voz de mujer: ¡Muy bien! Teníamos poco y encima el niño ha desparramado más de la mitad fuera del depósito.*

Logro limpiarme los ojos y descubro ante mí a una anciana acusándome con el dedo.

* *Vieja mujer: ¿Quién eres y por qué estás aquí?*

Imposible responder.

* *Yo: No...*

* *Vieja mujer: ¡Sal de ahí!*

Me apresuro a levantarme. Chorreo empapado. Nuevamente sorprendido descubro que no es agua el líquido en el que he caído.

¿Qué es éste líquido? ¡Amarillo y brilla con luz propia! ¡Mi cuerpo entero brilla con luz propia!

Salgo del estanque confundido.

* *Vieja mujer: ¡Mira lo que has hecho!*

Me concedo un instante para estudiar los alrededores.

..... *Descripción.*

El suelo que piso es de la misma roca roja que conforma todos estos lares. ¡Me hallo en la cima de la montaña! La cumbre es una enorme explanada circular, como si hubiesen decapitado la montaña. La luz aquí es más suave que en la ladera.

.....

Frente a mí se encuentra, erguida y autoritaria, una mujer pelirroja de avanzada edad que viste una especie de bata sin mangas de color rojo óxido y textura acartonada. La prenda le cae rígida eliminando las curvas de su anatomía y ocultando sus pies bajo el

faldón de la prenda. Los brazos, desnudos y robustos, exhiben la ajada piel de la vieja mujer.

* *Vieja mujer: Te lo repito ¿Quién eres y qué haces aquí?*

Aparecen otras cuatro ancianas de semejante apariencia física e idéntico atuendo.

* *Yo: Venía... un inventor me ayudó a subir y...*

No logro conferir sentido a mis palabras.

* *Yo: Pretendo encontrar a mi madre.*

* *Otra vieja mujer: ¿Tu madre?*

* *Yo: Sí. Me dijeron que subió aquí... a la parte más alta... a la montaña más alta para... para poder llamar a la Luna.*

* *Vieja mujer: No nos digas más. Sabemos quién eres entonces. No son gran cantidad las visitas que aquí tenemos. A pesar de que son muchos los que intentan subir (sonríe). Piensan que esto, por estar alto y lejos del alcance de la mayoría, es morada de dioses, y que si alcanzan la cima de ésta montaña, de la montaña de luz, ganarán su derecho a establecerse como tales.*

* *Una tercera vieja mujer: ¡Qué confundidos están! Si supiesen lo que hay aquí... Sólo trabajo. Trabajo y más trabajo.*

* *Yo: ¿Y entonces, qué es lo que hacéis aquí?*

* *Vieja mujer:* Luz. Esto es una faro, muchacho. Algo que, lejos ya de los tiempos de la navegación, la gente ha olvidado que existe y, como ves, ha deformado su naturaleza. Debemos generar luz para guiar a los barcos.

* *Yo:* Pero ya no hay ninguno.

* *Vieja mujer:* ¿Importa eso? Es nuestra función y deber hasta que expiren nuestras vidas...

* *Yo:* Ya veo. Y dijisteis que conocíais a mi madre...

* *Vieja mujer:* En efecto, sí. Estuvo aquí e intentó llamar a la Luna desde este sitio, pero parece que no lo consiguió.

* *Yo:* ¿Y dónde fue?

* *Vieja mujer:* Al cielo, suponemos. Le aconsejamos que desde allí podría llamar mejor a la Luna.

* *Yo:* ¿Al cielo?

* *Vieja mujer:* Sí, la dijimos cómo podría subir, y a cambio de esa información ella quedaba en deuda con nosotras.

Subir al cielo...

Con prudencia evito el impulso interrogar a la mujer sobre el modo de subir al cielo.

* *Yo: ¿Qué deuda?*

* *Vieja mujer: La información que la dimos forma parte, a su vez, del trato al que se comprometió.*

* *Yo: ¿Cómo?*

La vieja mujer sonríe paciente.

* *Vieja mujer: Si lo que deseas es saber a dónde y cómo llegó tu madre, deberás contraer su misma deuda.*

No tengo otra alternativa.

* *Yo: Acepto. Mi fin es encontrar a mi madre.*

* *Vieja mujer: Bien, eres decidido y se te adivina audaz. En suma no es nada difícil la tarea que ahora te encomendamos. Tráenos Sol, se nos acaba.*

* *Yo: ¿Sol?*

La mujer señala en la distancia, a mi espalda, el resplandor que anuncia el amanecer.

* *Vieja mujer: Si corres lo alcanzarás. Por ahí sale.*

* *Yo: ¿Y el cielo? ¿Cómo consigo subir al cielo para encontrar a mi madre?*

* *Una de las viejas mujeres: Por el Sol. Y ahora apresúrate o no lo alcanzarás.*

No lo entiendo. Debo coger Sol y traérselo a ellas... Y será a través del mismo Sol como llegue al cielo.

En el mismo instante en el que abro la boca para rogarles una explicación veo crecer mi sombra contra las mujeres. Me vuelvo y encuentro el Sol asomando tímido por el horizonte. Su luz refulge poderosa más intensa que la que emite la montaña. El valle, muy por debajo de donde estoy, duerme aún en penumbra.

¿Y cómo bajo?

Otra pregunta que no llego a formular, pues al encarar a las ancianas, sin previo aviso, una de ellas me arroja el contenido de un cubo y quedo empapado, de pies a cabeza, de luminoso líquido. Retrocedo presa de una extraña congoja.

** Vieja mujer que me ha arrojado el cubo: ¡Corre, ahora eres luz! Y como luz, y hasta que tus ropas se sequen, siempre estarás por encima de la oscuridad.*

** Yo: ¿Cómo?*

** Vieja mujer que me ha arrojado el cubo: Es la única manera que existe para bajar de esta montaña; con la luz del amanecer.*

** Yo: ¿Qué?*

** Vieja mujer. Acércate al abismo y compruébalo por ti mismo.*

Atiendo a su sugerencia y me aproximo al borde de la montaña. La caída es infinita. Puedo ver cómo la luz de la montaña aún ilumina el valle en sombra. Retrocedo un paso a causa del vértigo.

* *Yo: No sé...*

Al girarme hacia las mujeres me topo con su cercanísima presencia. Las viejas se han situado ante mí dibujando un arco.

¡Quieren tirarme! ¡De ninguna manera! No me será difícil sortear una cuantas viejas...

Reculo para prepara mi fuga, pero con tan mala fortuna que resbalo, pierdo el equilibrio y me precipito al abismo. Me deja de latir el corazón. Caigo de espaldas, paralizado, pero inesperadamente mi descenso se interrumpe. Noto lo mismo que sentí al caer al estanque; como si estuviese rodeado de líquido y...

¡Floto! ¡Floto en el aire!

Observo perplejo la línea horizontal que marca el amanecer en la ladera de la montaña, y que separa la claridad de las sombras. La luz del amanecer engulle la montaña de arriba abajo; desciende, y yo con ella, como si la oscuridad fuese el colchón que retuviese mi caída.

¡Floto sobre la oscuridad! ¡Soy luz y floto sobre la oscuridad!

Me pongo en pie sobre el inexistente suelo.

Debo dirigirme hacia el Sol.

Camino hacia el poderoso astro. Su luz aún no ha tocado las oscuras cumbres que rodean el valle.

Llegaré hasta ellos antes de que se iluminen.

Andando por el aire, sobre la oscuridad, supero el valle y al girar la vista observo que las montañas ya relumbran como antorchas a mi espalda. Ahora sobrevuelo la playa

siguiendo la línea de la costa. Pero mis ropas empiezan a secarse y en tanto pierden luminosidad me voy hundiendo suavemente en la oscuridad.

Mis pies hacen contacto con la arena justo antes de que la alcance la luz del Sol. La gran bola de fuego asoma levemente sobre el horizonte y hacia ella me dirijo.

Siento el reconfortante contacto del paquete cargado a mi espalda y mi caminar se anima.

Debería estar agotado. No he comido desde hace un día. Sólo he bebido el agua de la montaña...

Siento rebosar tanta energía que necesito quemarla; me sobra. Arranco a correr; cada vez más aprisa levantando la arena a mi paso; no noto fatiga alguna.

.....

Gracias a mi vuelo las montañas de piedra roja han quedado ya muy lejanas a mi espalda y la playa se eleva ahora en rampa alejándose del nivel del mar. Con cada zancada que avanzo crece a ambos lados un desfiladero. La arena del suelo está apelmazada, como granito amarillento. La ascensión es tan pronunciada que incluso el Sol ha vuelto a desaparecer tras el horizonte. Tengo la sensación de llegar tarde a algo.

¡Vamos, puedes hacerlo!

Finalmente encumbro la rampa y me detengo pasmado.

¡Un lago de líquido luminoso!

El líquido de luz despide tantísima claridad que me ciega. Sin saber la razón camino hasta su orilla y creo ver una figura moverse ante mí, pero no logro identificarla. Me cubro los doloridos ojos y noto que algo se posa sobre mi hombro. Es una mano luminosa. La extremidad pertenece a un ser de luz que me observa risueño, de pie y hundido un palmo en el líquido del lago. Curiosamente no me sobresalto al verle.

Físicamente parece un ser humano. Salvo por la peculiaridad de que su cuerpo despide luz.

El personaje despide una claridad cegadora; tanta que no puedo si quiera adivinar si está vestido.

** Hombre de luz: ¿Qué te trae por aquí, muchacho?*

** Yo: Vengo...*

Mi vista comienza a acomodarse a la hiriente luminosidad y ahora logro distinguir a centenares de personas luminosas deambulando por el lago. El líquido apenas les cubre hasta los tobillos y más que un lago semeja una gigantesca charca cuyos límites no alcanzo a ver.

** Yo: Vengo... Me mandan de las montañas.*

Hombre de luz: Debí suponerlo; pero es que hace tanto tiempo que nadie pasa... bueno, sólo una mujer, pero...sígueme.

Una mujer...

Adelanto un paso y hundo un pie en la charca. Es mucho más luminosa que el estanque que vi en las montañas; además desprende algo de calor. Bajo el líquido el suelo parece firme.

Debe ser más puro.

Me adentro aún más y me mezclo entre los habitantes de la charca, que me miran divertidos. La luz me ciega. Es como hallarse en el alma de una hoguera.

** Hombre de luz: Aquí.*

Señala dos cubos llenos de líquido luminoso en mitad de la charca.

¿Sólo dos cubos? Claro, por eso el que usan las viejas mujeres brilla menos. Lo diluyen para extraer más.

Me dispongo a cogerlos, pero me detengo.

* *Yo: Esa mujer de la que me hablaste...*

* *Hombre de luz: ¿Sí?*

* *Yo: ¿Hace cuánto vino...?*

* *Hombre de luz: No lo recuerdo con certeza... aquí el tiempo corre de otra manera. Tal vez unos días, o quizá meses, puede que años...*

* *Yo: ¿Ya qué vino?*

Me observa receloso, extrañado, y aguarda un instante antes de responder.

* *Hombre de luz: A lo mismo que tú. Venía a coger... (Me señala los cubos)*

* *Yo: ¿Y los cogió?*

El hombre niega con la cabeza.

* *Yo: Y... ¿Se fue?*

* *Hombre de luz:* No exactamente... Deseaba subir al cielo. Dijo que primero tenía que hacer algo y que luego, más tarde, regresaría a por los cubos para llevarlos a las montañas... (Se detiene pensativo) Pero nunca volvió.

* *Yo:* ¿Fue al cielo y no regresó? El cielo, el Sol... ¿Qué tiene que ver todo esto...?

El hombre sonríe pacientemente.

* *Hombre de luz:* ¿No sabes nada de la historia del Sol?

Respondo con un silencio.

* *Hombre de luz:* Escúchala ahora entonces.

El ser de luz medita unos segundos y comienza su relato.

* *Hombre de luz:* Hace mucho, el dios que creó éste mundo, éste bello mundo; con sus tierras, sus montañas, sus mares... quedó tan satisfecho al concluir la tarea, y tan embargado por la delicadeza de su propia creación, que lloró de felicidad, y sus lágrimas luminosas, que cayeron sobre el borde del cielo, resbalaron por él dándole luz.

El personaje capta el matiz de incredulidad que hay en mi semblante. Asiente comprensivo y prosigue.

* *Hombre luz:* Así es; cada día que amanece, cada Sol que ves, es una gota de su llanto que se arrastra por el cielo, pues aún sigue llorando, y seguirá haciéndolo mientras este mundo conserve su belleza y continúe embargándolo de emoción. El día que todo deje de ser así, vendrá la noche.

Permanezco estático, con la boca abierta y sin saber qué decir. Realmente no comprendo el motivo de su narración. El hombre vuelve a sonreír.

** Hombre de luz: Te he contado esto, porque si lo que quieres es subir al cielo, sólo hay un camino a seguir.*

De pronto, a su espalda surge una titánica muralla de luz que barre con su insólita luminosidad todo a su paso. Su intensidad es insuperable, nada puede haber más luminoso. Quedo cegado; su luz traspasa incluso mis párpados cerrados y las manos con las que los protejo.

El Sol.

** Hombre de luz: (Invisible entre la luz) Para subir al cielo deberás hacerlo a través del Sol. ¡Vamos! Ve hacia él antes de que tengas que esperar a una nueva lágrima; si es que hay otra.*

Echo a andar. Camino en línea recta sin ver siquiera dónde piso.

La gran gota que es el Sol debe pasar rozando la elevada charca.

Ignoro cuánto he podido avanzar, pero aún no he llegado al Sol. Me detengo dubitativo.

** Hombre de luz: (En algún lugar) Sigue, vas bien. Pero a ese ritmo se te va a escapar...*

Impulsivamente comienzo a correr. No percibo nada a mí alrededor.

¡Debo alcanzarlo, no puedo esperar a un nuevo Sol!

Choco contra algo.

Un muro gelatinoso ¿El Sol?

La gomosa superficie me atrapa y absorbe; como la fusión de dos gotas. Estoy dentro. Antes de poder evitarlo me sorprende respirando el líquido que me aprisiona; incluso me siento con energías renovadas.

Es una fuente de vida. Todo lo necesario para vivir está aquí...

No me atenaza el miedo ni la incertidumbre; al contrario, me hallo cómodo en extremo; como si sintiese la mayor felicidad a la que fuese posible aspirar. No puedo o no necesito abrir los ojos. Nada temo ahora.

Ojalá pudiese pasar el resto de mi existencia flotando aquí dentro, navegando con el Sol.

Pero una duda se inmiscuye en mi felicidad.

Pero cuando llegue al otro lado del cielo... ¡caerá fuera del mundo! Vagaría eternamente por la nada...

Mas esa perspectiva, lejos de asustarme, me transmite mayor placer.

Permanecer aquí... por siempre...

Otra duda.

¿Debo seguir buscando a mi madre? No puedo dejarlo ahora que estoy tan cerca...

Lucho contra mi propia voluntad y comienzo a nadar por las densas entrañas del Sol. Intento escapar. Es imposible seguir un rumbo definido. Topo con algo duro y liso que se desliza suave por las palmas de mis manos.

..... *Recuerdo*

** Hombre de luz: Cada Sol que ves es una gota de su llanto que se arrastra por el cielo...*

.....

¡Soy yo el que me deslizo! ¡Estoy tocando el cielo!

Intento aferrarme al cielo, pero es imposible adherirse a él. Pugno con todas mis fuerzas. Imposible, la gran gota luminosa que me lleva se resiste a liberarme. Me detengo para meditar la mejor forma de actuar; y es entonces, cuando no opongo resistencia, que me encuentro inesperadamente fuera del Sol. Abro los ojos. La descomunal lágrima se aleja de mí abandonando a su paso un rastro luminoso.

Semeja más una monstruosa babosa de luz.

Me observo.

Brillo.

El líquido a irrumpido en mi organismo concediéndome el mismo efecto que el hombre luminoso con el que hablé. Mis ropas, e incluso mi propia piel, desprenden una cegadora luz amarillenta.

Ahora yo también soy un hombre de luz.

Me noto extremadamente relajado. No sé si el efecto lo produce la ingesta de tanto líquido luminoso o el lógico cansancio, pero me siento agradablemente mareado. Me hallo en la certeza de estar despierto; mas parece que estoy soñando.

Caminar por el cielo es un sueño.

Me percató de que aún estoy a gatas sobre el suelo (el cielo). Me enderezo y según me estiro alzo la cabeza y, atónito, observo lo que sobre mí se extiende. Tan lejos en la distancia como está el cielo de la tierra...

El suelo sobre mi cabeza, la tierra...

Como si se tratase de la cúpula celeste puedo ver, tras las nubes que median entre el cielo y la tierra, muy a lo lejos en lo alto (lo bajo), las montañas descolgándose como estalactitas y la gran mancha azul que es el mar extendiéndose desde la costa hacia el infinito. Agacho la mirada hacia mis pies. La superficie que piso es de un color azul claro.

Azul cielo. Estoy sobre el cielo; o bajo él...

..... *Razonamiento*

La gravedad se ha invertido. Sin duda, una vez se sobrepasa la franja en donde deberían estar flotando las estrellas las fuerzas se alteran. Los pedacitos de espejos que ahora ya no pueden reflejar la luz de la Luna se mantienen flotando en equilibrio entre las dos gravedades.

.....

Inmerso en oníricas sensaciones adelanto unos pasos.

Debo estar soñando.

Camino sin rumbo y *SE* que sólo he andando un par de pasos.

He andado durante una eternidad.

Lejano, difuso, columbro algo con forma de cono; como un cucurucho invertido. Uno, tal vez dos pasos más y la estructura se encuentra ya frente a mí. No necesito preguntarme lo que ya *SE*, ni cómo lo *SE*.

Es la torre de guías celestes.

Busco una puerta por donde entrar. No existe. Sin embargo ya estoy dentro y hablo con el encargado de la torre. Se encuentra ante mí con una claridad meridiana

pero me es imposible describirle, pues no logro verlo con detalle. Recojo un mapa que me entrega.

Un mapa que refleja el itinerario de la Luna; su recorrido por el cielo.

Con el plano bajo el brazo ya estoy de nuevo en camino. No necesito desenrollarlo, pero lo consulto constantemente y juzgo que he llegado a mí destino.

La Luna debería pasar exactamente por encima de mí (por debajo)

No razono mis acciones. Me acuesto sobre el suelo (el cielo) y permanezco así, tirado boca arriba. Algo me incomoda. Me he tumbado sobre el paquete que cargo desde el inicio del viaje. Lo dejo a un lado. Ya no tengo el plano porque ya no lo necesito, me he olvidado incluso de él.

Echado cuan largo soy quedan mis pies apuntando hacia arriba (hacia abajo) en dirección a la tierra.

..... *Razonamiento*

La Luna es el único objeto celeste que vuela, que realmente vuela, a distancia de los demás que, o se arrastran por el cielo o se encuentran, como las estrellas, en medio de las dos fuerzas gravitatorias que existen entre el cielo y la tierra. De otra forma hubiese sido imposible que su luz pudiese ser reflejada por las estrellas y ser vistos estos destellos, a su vez, desde la tierra.

.....

No he planeado nada; pero prosigo con el plan, que consiste en permanecer aquí hasta la caída de la noche y averiguar si la Luna sobrevuela la zona que indica el mapa.

Espero con paciencia a que decline el día. La noche, lenta, ya se ha cernido en poco tiempo sobre mí. Me encuentro sumido en oscuridad absoluta. Calculo que en este preciso instante debe estar pasando la Luna por encima mía (por debajo)

La cerrada negrura impide la visión, pero este hecho ya había sido previsto en mi plan no planeado. De pronto pasa junto a mí, casi rozándome, rodando por el cielo, una

luminosísima estrella fugaz que impregna de claridad todo cuanto abarca con su aura. Su luz es tan intensa que me permite contemplar, perfectamente perfilados sobre mi cabeza, un mar de puntitos negros.

Los apagados trocitos de espejo que deberían ser las estrellas.

Descubro también, aunque creo que ya lo sabía, que por allí no pasa Luna alguna; que no es sólo su luz la que se ha extinguido, sino también su existencia. Allí no hay nada; la Luna ha desaparecido.

En algún lugar fuera de mi campo de visión escucho una voz de mujer.

** Voz de mujer: No está, ¿verdad? Llevo aquí trece años y nunca, nunca la he visto pasar.*

No necesito buscarla con la mirada, ni encararla para poder encontrar su rostro. No sé dónde está pero la veo con plena nitidez. Su imagen es idéntica a la que aún aparece en mis sueños.

El mismo cabello, la misma cara, la misma expresión.

Es mi madre.

** Madre: Eres igual que tu padre.*

El perpetuo estado de somnolencia me nubla el juicio. Apenas puedo discernir las emociones que me embargan. No distingo si estoy alegre o triste, o ambos sentimientos a la vez.

Supongo que estoy alegre, pues he encontrado a mi madre.

Imposible averiguar si me hallo despierto o dormido.

Estoy despierto... pero es demasiado onírico. Demasiado irreal, en esta cristalina realidad...

* *Yo: Regresa conmigo a casa, mamá.*

* *Madre: No puedo. Prometí la Luna al Mar (hace una pausa) Mas no está. No puedo regresar sin ella.*

* *Yo: (Desesperado) ¡No es tu culpa! Ellos lo entenderán; te liberarán de tu obligación.*

* *Madre: No, me temo que eso no va a poder ser, hijo mío.*

* *Yo: ¡Seguro que sí! Ellos lo entenderán.*

* *Madre: Yo ya recibí el pago por hallar aquello que no he conseguido encontrar. Sé que la Luna aquí no está; pero aun así tampoco podía irme. Sabía que algún día tú vendrías.*

* *Yo: Pero...*

* *Madre: No, calla ahora. Todo está ya decidido. No deseaba morir sin ver antes por última vez a mi hijo.*

* *Yo: ¿Morir?*

* *Madre: Tranquilo hijo mío, ya lo estaba antes de llegar tú. Seré yo quien les diga al mar que me has encontrado, y así serás liberado de tu deuda.*

* *Yo: ¿Qué? ¡No!*

Imploro desesperado. Ignoro lo que en este instante va a suceder... mas SÉ con exactitud lo que mi madre se propone. Su imagen, dulce, como el reflejo de un estanque, se distorsiona y rompe en un millón de partículas de llanto; y como una nube de rocío, un sin fin de lágrimas, vuela convertida en lluvia hacia la tierra, traspasa las estrellas muertas y se vierte sobre el distante mar, en donde se funde y confunde mezclando su ser con las eternas aguas azules.

No acierto a reaccionar presa del desánimo que me invade.

Por eso el agua del mar es salada. El mar es algo muy triste; es un manto de llantos, de almas cosidas; almas en pena; pena todo él.

Pero al unísono que estos pensamientos, otros de tranquila determinación calman como un bálsamo mi espíritu.

Tal vez sea ahora el momento en que mis padres puedan estar de nuevo juntos.

E incluso mi divagar culmina en una férrea convicción.

La búsqueda de mis padres ha finalizado con éxito.

Mas es ahora cuando se abre otra búsqueda. Desconozco por dónde iniciarla... SÉ que he de dirigirme hacia ÉSE lugar.

Reordeno mis propósitos y preferencias.

Es el momento de volver a la tierra.

Retorna arrolladora la profunda sensación de somnolencia. Creo sumergirme en un sueño y como en un sueño, como en el cielo, siento que cualquier cosa es posible; y de ese infinito abanico de opciones elijo una, pues mi actual fortaleza de espíritu me permite la transformación en relámpago. Rompo el tiempo y el espacio y abro una grieta de luz que me transporta a tierra firme. El estruendo del trueno se disipa a mí alrededor.

De nuevo con los pies en la tierra, al instante la realidad recobra su fuerza y sus limitaciones.

Lo real parece de nuevo real.

Nuevamente en la costa, sé que a mi espalda ha quedado el lugar en donde habitan los seres luminosos y que a mi frente, aún lejano e invisible, se halla el lugar al que me he de encaminar. Decido dirigirme hacia allí sin demora.

Estoy exultante de vitalidad.

Debe ser el líquido luminoso que he ingerido.

Camino a un buen ritmo y siento, como ya antes sintiera, la imperiosa necesidad de correr. Así lo hago.

Podría correr durante un día entero.

Cada vez con más fuerza, más rápido, no me detengo aun cuando el Sol alcanza su cúspide en el firmamento y comienza a resbalar hacia el ocaso. Mi sombra, única compañera de viaje, corre estirada a mi izquierda. No puedo parar; no quiero parar.

Tan extasiado me encuentro que apenas percibo todo aquello que me rodea. Obcecado en mi alocada progresión por un instante me pasa inadvertido algo inexplicable; algo a lo que he asistido y de lo que creo haber sido partícipe, pero...

Me freno en seco; parece haber anochecido, casi no hay luz.

La tierra se ha ido volcando; se ha retorcido como un trapo estrujado; se ha vuelto contra el cielo igual que se abaten las olas del mar... y yo con ella.

Sólo la falta de claridad a tan temprana hora me ha alertado del insólito fenómeno; estoy a oscuras. No percibo el rumor de las olas.

¿Qué habrá sido del mar al darse la vuelta la tierra oponiéndose al Sol?

El suelo es duro, de roca, y sobre mí no distingo más que negrura. Es como encontrarse en un túnel.

Quieto ahora, me giro y observo cuanto he dejado a mi espalda. Veo el Sol a lo lejos, muy a lo lejos, infinitamente distante al final de un angusto pasaje; como si lo viese por el ojo de una cerradura. Y creo ver el mar, intuyo el mar volcándose junto con la tierra y sus montañas en una hipnótica espiral. Tan claro, tan...

Difuso.

Parece una hostil realidad, pero sé que estoy en el buen camino.

Encaro la oscuridad del túnel y acomodo la vista a sus tinieblas. Columbro en la lejanía un resplandor.

Hacia allí me dirijo.

Avanzo andando, ya no siento el impulso de correr. Aún noto mi cuerpo rebosante de energía; sin embargo las piernas me flaquean a causa de un inesperado nerviosismo en tanto me acerco a la luz. Aún la veo como un puntito luminoso en la distancia.

¿Estoy en una cueva?

Empiezo a distinguir formas lejanas. Según me acerco las misteriosas apariciones se muestran en mayor número.

¿Casas?

La única fuente de luz es aquella a la que me dirijo, pero es suficiente para iluminar lo que parece una gran ciudad. La sensación de estar en una cueva desaparece.

No estoy en una estrecha cueva. Simplemente, la tierra se ha dado la vuelta. Hay tanto espacio a mí alrededor como podría haberlo al aire libre... si la tierra tuviese su panza contra el Sol.

Dispersas sin ningún orden se elevan oscuras construcciones de negra piedra; enormes caserones de dos e incluso tres plantas. Sus sombras se derraman fantasmagóricamente sobre el árido suelo.

Parecen abandonadas.

No me detengo a inspeccionarlas. Prefiero avanzar hacia la luz.

En tanto me adentro en la ciudad las casas parecen ordenarse con mayor criterio. Las construcciones respetan estrechos espacios entre ellas trazando calles. Me sumerjo entre su laberíntica disposición y pierdo de vista la luz oculta tras las altas fachadas. Avanzo recto, tuerzo, giro a la derecha... la pálida luminosidad es ahora más intensa. Alzo la vista, no logro divisar su fuente y continúo sorteando los tenebrosos edificios. Sólo escucho vacío, el eco de mis pisadas. Accedo a una vía más ancha y observo que otras tantas calles confluyen en ella.

Una arteria de la ciudad.

Sorprendo a mi sombra, alargada y silenciosa, a mí izquierda. Al instante giro la cabeza a lado opuesto y lo que encuentro detiene la sangre en mis venas.

La Luna...

Aún lejanísima la puedo observar inconfundible. La calle enfila recta hacia ella.

Esto ya lo sabía...

La Luna levita a baja altura, sobre las casas de la ciudad; mas no la hallo como esperaba; parece al filo de su extinción. Sólo su parte baja emite luz; el resto del astro aparece negro, muerto.

Camino hacia la Luna. Su tamaño es inconcebible, titánico, nada hay en este mundo con lo que establecer una relación de proporción; es incomparable, única. A medida que me acerco sus dimensiones se delatan como algo imposible; como si no pudiese existir el espacio necesario para albergar tal objeto.

Ya más acerca, aún muy lejos, la Luna aparece a cada paso a mayor altura y bajo ella descubro un altísimo torreón. Su espigada silueta se ve ridícula en contraste con la descomunal mole; como un alfiler sobre el que se mantuviese en equilibrio la esfera. Pero

su estrecho forma es sólo un efecto óptico. Según me aproximo el torreón se desvela como una construcción impresionante de negra roca, gigantesca.

Grandiosa.

La silenciosa calle por la que ando parece infinita. Apunta directamente al torreón, pero a pesar de esto no diviso su final. Las casas de la ciudad se proyectan a lo largo de la calle y dejan de verse, enanas, antes de llegar a la enorme torre.

Su base ha de tener el perímetro de una gran ciudad.

Una eternidad más tarde alcanzo el borde de la Luna sobre mi cabeza. Intimidadora, la veo ahora como un lejano cielo de roca. Sigo caminando bajo su presencia.

.....

He debido cubrir la jornada entera de un hombre. Lo he hecho andando, sin prisas, pero evitando cualquier pausa. Las casas han ido ganando en suntuosidad en tanto me he ido acercando a la torre. La eterna vía me ha conducido, finalmente, al pie de la enhiesta construcción. Las casas dibujan un círculo alrededor de ella y mantienen un respetuoso espacio.

La base de la estructura posee un tamaño soberbio; tanto que sus muros aparentan ser rectos en lugar de curvarse entorno a su cuerpo.

Estoy ante una enorme puerta de acero de dos hojas y observo que una de ellas se encuentra levemente abatida.

¡Dentro se ve luz!

Echo un último vistazo a la gran urbe. No veo el final, se esparce infinita bañada por la mortecina luz de la Luna. Las silenciosas casas se congregan sumisas al cobijo del poderoso astro, que lo cubre todo con su monstruoso cuerpo en inquietante ingravidez.

Si la Luna brillase con toda su intensidad esto tendría un aspecto muy distinto.

Decido traspasar la gran puerta y me deslizo al interior por el hueco que me concede.

Vacío...

Dentro no hay nada, sólo un inmenso y sobrecogedor espacio hueco. La claridad que ya antes había advertido proviene, tenue, de las paredes. Millones de puntitos luminosos esparcen una cautivadora luz. Acercó el rostro a uno de ellos. Es infinitamente pequeño, menor que un grano de arena. Al aproximarme un poco más, para sorpresa mía, se apaga. Me retiro extrañado y el puntito vuelve a brillar. Lo comprendo.

No emite luz; la refleja; son espejos. ¿Cuál será su fuente?

Alzo la cabeza. El cilíndrico coloso se proyecta interminable hacia las alturas. Todos sus muros brillan hasta donde me alcanza la vista.

He de subir. Seguro que la luz que reflejan es la de la Luna que baja desde allí. ¿Qué otra cosa podría ser...?

Observo las lisas paredes. No hay escaleras ni forma alguna se subir.

¿Pero cómo...?

Instintivamente me llevo la mano al pecho y cruzándolo encuentro la correa de algas que sostiene, a mi espalda, el paquete que me ha acompañado en todo el viaje. Me lo descuelgo y dejo sobre el suelo. Lo observo caído a mis pies. Me agacho y de rodillas procedo a abrirlo.

Jamás pensé que volvería a necesitarlo.

Libero el contenido del envoltorio. Una vida es tan sólo un instante en comparación con el tiempo que invierto en admirarlo. Lanzo ambas manos sobre mi tesoro, lo aferro con firmeza, y según me levanto lo extiendo ante mí.

El más feo pijama.

La prenda está confeccionada de una sola pieza de lana y es de un azul tremendamente llamativo. Exhibe por toda su superficie millares de lunares rosa bordados.

..... *Recuerdo*

Me veo a mí mismo, no mucho tiempo atrás, llevándolo puesto. Por aquellos tiempos una ola de pesadillas afectó a casi todos los niños del pueblo y tuve que idear un sistema para conseguir adentrarme en el onírico mundo de los sueños, para poder así desentrañar el misterio. No me fue difícil dotar al pijama del mecanismo necesario para poderme fundir con los sueños, pues el propio pijama, debido a su naturaleza, ya se encontraba muy cerca de ellos.

Recuerdo con intensidad el instante en que me lo ajusté y la sensación que entonces me envolvió. Podía ver todas las hebras de sueños a mí alrededor. Para un observador desde el mundo de la vigilia, yo no representaría más que un sueño, me vería como un reflejo en el agua, algo que por mucho que lo intentase jamás alcanzaría a verlo con claridad; a pesar de que paradójicamente advirtiéndose nítidas todas sus formas.

El misterio tuvo una sencilla solución. Resultó que el mundo de los sueños, siempre en constante movimiento entorno a nosotros, invisible a los ojos de las personas que se encuentran despiertas, había propiciado que los delicados cordajes que unen los sueños a cada persona se enmarañasen unos con otros, y al engancharse los sueños de personas adultas con los de los niños, que poseen mentes aún demasiado simples como para desliar las ideas que les eran transmitidas, estos padecían una terrible angustia.

Tuve entonces que desenredar con paciencia las enmarañadas hebras. No fue complicado, pero sí me robó un tiempo eterno; tanto, que advertí el peligro de quedarme atrapado en el mundo de los sueños para siempre; tan atrayente y sugerente como era, puesto que cada vez que me adentraba en él,

más me resistía a abandonar aquella placentera sensación. Era como hallarse en un perpetuo estado de duermevela; descansado y, al tiempo, efervescente de actividad mental.

Con esta prenda podía manipular y disfrutar directamente los sueños sin la necesidad de engancharme a sus cordajes, tocándolos directamente. Era increíble; había dotado a la prenda de la capacidad de palpar aquello que no se podía palpar, ver lo no visible...

.....

En todo esto pienso mientras me desvisto absorto y extendiendo el pijama sobre el suelo.

Me introduzco dentro de la prenda deslizando primero una pierna y luego la otra, alzo el pijama sobrepasándome la cintura, y al meter los brazos por las mangas confirmo un temor.

He crecido.

La prenda me queda justísima, pero consigo cerrar los botones de la pechera. Está demasiado ceñido y me incomoda a cada movimiento, aunque la sensación desaparece en el instante en el que me despierto en el mundo de los sueños.

Vuelvo a estar dentro.

Miro en derredor y descubro lo que ya intuía: las hebras de luz de Luna chocando y rebotando contra los infinitos espejitos del torreón.

..... *Razonamiento*

En algún lugar he leído que la Luna era el único cuerpo visible por el hombre que mediaba entre varios mundos: el de lo visible y el de lo invisible, el de lo palpable y el de lo no palpable. Su luz, por tanto, en el mundo de lo invisible estaba conformada por hebras de sueño, y al igual que la luz rebota e ilumina todo el torreón, estos hilos también rebotan infinidad de veces; como si una enorme araña hubiese tejido su madriguera dentro del torreón.

.....

Un intrincado telar de hebras de Luna me rodea. Agarro uno de los cordajes y siento su suave pero firme contacto. Busco otro punto de apoyo y me aferro a él con la misma placentera sensación.

Es la misma hebra. Sólo hay una que rebota sin cesar.

Me apoyo ágil entre la hebras igual que treparía por las ramas de un árbol e inicio una lenta ascensión. Estoy lleno de fuerza y en cuanto adquiero un poco de destreza incremento el ritmo. Escalo ahora incansable, veloz.

El líquido de Sol me sigue aportando energía.

Tocar las hebras de la Luna es soñar con la Luna.

¿Cómo será tocar directamente la Luna?

Una sensación de consciente embotamiento me libera de preocupaciones. Asciendo con la ligereza de una pluma entre la embarullada trama de fibras de Luna. Como me sucediera en el cielo, como en un sueño, pierde importancia el transcurrir del tiempo, su noción desaparece. Puedo haber agotado un día entero o un sólo instante. Finalmente, Casi he alcanzado el final del torreón.

Un techo de piedra.

Sobre mi cabeza se extiende una superficie lisa de roca negra.

La luz debe filtrarse desde el exterior por algún lado.

Busco con la mirada el origen, la hebra original. La encuentro. Asoma a través de un vano en el techo de piedra, cerca del muro del torreón. Me abro camino hasta ella

saltando de fibra en fibra sin el menor miedo a caerme. Es una abertura circular del tamaño justo para que pueda caber una persona. Introduzco los brazos por ella y me engancho a lo que ha de ser el suelo de la cima de la torre. Me elevo a través del agujero evitando la hebra de Luna y aparezco en lo alto del torreón.

Estoy sobre una superficie lisa y desprotegida, sin muros ni barandilla que la limite. Veo como la hebra de Luna rebota en un diminuto espejo a ras del suelo y se zambulle a través del agujero dentro de la torre. El espejo se mantiene vertical apoyado en un pequeño atril y no es mayor que la palma de mi mano; sus bordes están mellados y su forma es irregular. Acerco un dedo a su superficie y confirmo una sospecha.

No me refleja. Es un pedazo del "ESPEJO".

Sobre mí, apenas a un par de metros, levita la Luna. De su cuerpo emergen como púas millones de hebras que se dispersan en todas direcciones. También advierto, lejano, tras una cortina de fibras y preso entre ellas, la presencia de algo en el centro de la gigantesca plataforma circular. Camino hacia ello sorteando las hebras de Luna, deslizándome entre los cordajes con la sutileza de un fantasma.

¿Un anciano?

Sentado sobre un gigantesco trono de roca negra que empequeñece su figura encuentro a un hombre de avanzadísima edad; sus ropas son de un negro profundo y su cabeza, calva y desnuda, no exhibe corona alguna, como invita la situación.

A medias entre el mundo de lo visible y lo invisible, en donde habitan los sueños, puedo ver flotando entorno al hombre centenares de esferas de diferentes tamaños y colores.

Son sueños. Cuántos sueños...

Las esferas, los sueños, cambian veloces de volumen, mutan de color, se mezclan y fusionan unas con otras; dejan caer sus cordajes y abrazan el indefenso cuerpo del anciano, le sueltan y le vuelven a aprisionar, como si jugasen con él. El decrepito personaje no les presta atención. No las puede ver.

* *Anciano: Por un momento pensé que eras un fantasma que venía a perturbar mis últimos hábitos.*

Tardo en comprender la justificación de su comentario. Callo, no tengo palabras.

Estoy entre lo visible y lo invisible. Él me ve como una bruma...

Decido no desactivar aún el dispositivo del pijama.

* *Anciano: Finalmente has venido.*

Continúo sin responder. No sé de qué me habla.

* *Anciano: ¿No sabes quién soy? Seguro que has oído hablar de mí.*

* *Yo: No.*

* *Anciano: (Sarcástico) ¿No has oído nunca historia alguna acerca de la Luna?*

* *Yo: (En un susurro) Eres el caballero de la historia...*

* *Anciano: En efecto. Y no sólo eso...*

* *Voz a mi espalda: También soy tu abuelo.*

Me giro en redondo. Entre la maraña de hebras de Luna encuentro una figura familiar.

El inventor que me ayudó a subir a la montaña...

* *Yo: ¿Cómo?*

* *Anciano: Es mi reflejo. Soy yo también. Somos yo.*

Encaro de nuevo al viejo. Por primera vez relaciono las ropas del anciano con las del inventor. Son las mismas. El físico dista mucho uno del otro, pero es plausible...

Ha logrado el modo de duplicarse.

Pero es otra circunstancia la que me ha turbado.

* *Yo: (La voz entrecortada) No puedes ser mí...*

* *Anciano de negro: ¿Tu abuelo? (se ríe secamente) ¿Recuerdas a tu madre, Lio?*

Mentalmente retorno hasta el cielo y admiro la melancólica figura de la mujer que me otorgó la vida. Realmente existe un parecido...

* *Yo: (Triste) Claro.*

* *Anciano de negro: Tu madre es la hija que concebí con la dama de la historia que ya conoces.*

* *Yo: Pero tú... ¡En la historia mueres!*

* *Anciano de negro: Y es sólo eso, una historia.*

* *Yo: (Tímidamente) Robaste la Luna.*

** Anciano de negro: Sí, lo hice. Cometí un error y ahora lo pago. Era muy joven e impetuoso; y tú, muchacho, jamás podrías adivinar lo que la Luna te puede ofrecer. La vida eterna, Lio, la vida eterna. ¿Por qué crees que ésta ciudad está fundada entorno a la Luna? ¿Por qué crees que las mejores casas se encuentran más cerca de ella? Es vida, sueño, ilusión.*

El anciano mantiene un dedo extendido señalando sobre su cabeza con un tembloroso esfuerzo.

** Yo: Si es así... ¿Cómo es que estás a punto de morir de viejo, abuelo?*

El anciano sonríe.

** Anciano de negro: Tienes razón, nieto, y acepto la crítica. Hace cuarenta y cinco años que robé la Luna. Cuarenta y cinco años de perpetua juventud. Pero durante todos esos años, no sé por qué, la Luna se ha ido consumiendo, y ahora que como a mí a ella tampoco le resta mucha vida, parece que sufro multiplicado por dos el tiempo que me había prorrogado. A mi eterna juventud se le ha sumado el doble de los años que había disfrutado.*

** Yo: Todo tiene un precio.*

** Anciano de negro: Puede que sí. Por aquel entonces era un irreverente joven; eso lo sé ahora. Era igual que él (señala al joven de negro a mi espalda). De hecho, era él; y sigo siéndolo. Ven acércate y te mostraré aquello por lo que en verdad estas aquí; aun sin tú saberlo.*

Dudo en aproximarme, desconfío. Arremolinados entorno al viejo siguen los sueños flotando incansables.

Extraño; creía que los sueños sólo se acercaban a los durmientes.

** Anciano de negro: Deja que me redima. Juntos podremos devolver la Luna a su sitio, y yo liberarme de todo cuanto ahora me atormenta.*

Decido atender a su ruego, aunque en verdad no encuentro otra opción ya que su joven doble me cierra la huída. Este hecho me descubre un pequeño detalle. Un fino hilo “invisible” pasa junto a mi hombro y une, tenso, el ojo izquierdo del anciano con el ojo derecho del joven.

Avanzo lentamente hacia el viejo; realmente siento admiración por él. No sólo ha conseguido dar vida a su reflejo, sino que ha conseguido llevar hasta sí la mismísima Luna. En ese instante una de las esferas, un sueño, pasa flotando etéreo cerca de mí. Me detengo aterrorizado. Ni siquiera me ha rozado, pero ha logrado transmitirme su esencia.

Una horrible pesadilla.

Me detengo a un par de metros del anciano y juzgo necesario desactivar el pijama y abandonar, temporalmente y en beneficio de mi salud mental, el mundo de los sueños. Sería fatal tocar sin querer esas pesadillas.

Mientras busco con la mano los botones de mi pechera intento establecer un vacío diálogo con el viejo. No quiero que note mi temor.

** YO: Veo que aún mantienes un hilo conectado con tu reflejo.*

El anciano abre desmesuradamente los ojos pero los vuelve a empequeñecer al instante.

Ya fuera del universo de lo invisible desaparece a mi vista cuanto este mundo conforma. Un sentimiento de desamparo, vacío, aplasta mi alma. El mundo es ahora vulgar, insulso.

Reemprendo la marcha hacia el decrepito hombre.

** Joven de negro: ¡Espera!*

Me paro a escasa distancia del viejo y siento al joven de negro aproximarse por mi espalda. Sus pasos vibran secos en mitad del silencio. Llega hasta mí y me rodea con un brazo por encima del hombro. Permanece así, quieto, observando directamente a su senil doble.

* *Joven de negro: ¿Qué es eso de un solo hilo?*

He debido hablar más de la cuenta.

* *Yo: Sí, va desde su ojo al tuyo.*

* *Joven de negro: (Risueño) ¿Sólo uno, y va desde su ojo al mío? ¿Estás seguro? ¿No hay otro?*

El viejo, frío e imperturbable, aguanta la mirada de su joven creación. Los dos esperan mi respuesta.

* *Yo: No, seguro.*

* *Joven de negro: Debería haber otro uniendo nuestros corazones. ¿Verdad, viejo?*

El anciano encaja en silencio los comentarios.

* *Anciano de negro: Así es. Pero no lo hay.*

* *Joven de negro: No, no lo hay. Esto nos da una nueva perspectiva de las cosas, ¿verdad?*

El joven demuestra mayor cordura que cuando le conocí. Me mira ahora directamente.

** Joven de negro: Muchacho, muchacho, muchacho... no sabes a dónde te quería llevar éste vejestorio. ¿O acaso sabías para qué quería que te acercases tanto? Quería que te acercases para robarte la vida e infundírsela a la Luna. Quería devolver la vida a su dichosa piedrecilla para poder seguir viviendo. Era algo que tenías que hacer voluntariamente; por eso nunca nadie te ha obligado a llegar hasta aquí.*

Interrogo con la mirada al viejo.

** Anciano de negro: En cierto modo, sí, así es, es verdad lo que dice. Pero no pensaba quitarte toda tu vida; sólo la suficiente para devolver a la Luna todo su esplendor y regresarla a su órbita. Ya te dije que pretendía redimirme.*

El joven de negro acerca sus labios hasta mi oído pero me habla lo suficientemente alto como para que le oiga el anciano.

** Joven de negro: No le hagas caso, muchacho. Ese viejo zorro siempre guarda un as en la manga. El que guardaba conmigo era un cordaje que unía nuestros corazones. Si él moría, yo moría. Pero parece que no es así, ¿verdad?*

El viejo afirma con un mohín de resignación.

** Anciano de negro: No, no es así.*

El joven, su brazo sobre mi hombro, me aferra aún con más fuerza.

** Joven de negro: Déjale que se muera.*

Percibo que la Luna ya no brilla como la hacía apenas unos instantes. Se está apagando. Su luz va quedando como un poso en la base de la enorme esfera. Ahora sólo

está iluminada la superficie que cubre la plataforma del torreón. El anciano, ajeno a este fenómeno, o resignado a que suceda, expone una intensa mirada al joven de negro.

** Anciano de negro: ¿Me traicionas? ¡No puedes! ¿No ves que tú eres yo?*

Su voz se apaga, aspira secamente y me dirige la palabra.

** Anciano de negro: Lío ¡Por favor! Acércate.*

El joven de negro vuelve a afianzar su abrazo sobre mi cuello.

** Joven de negro: Te está mintiendo.*

De pronto el aire se enrarece y una sorda reverberación se derrama por todas partes.

¡La Luna se cae!

El gigantesco astro comienza a descender extenuado; se muere. Su luz es aún suficiente para iluminar los alrededores, pero...

La parte viva ya no puede soportar el lastre de las zonas muertas. Se hunde.

** Anciano de negro: (Tranquilo) No te he mentado, chico, creemé, pretendía redimirme. Ahora ya es demasiado tarde. Huye antes de que todo esto se convierta en un montón de ruinas.*

El joven de negro ha desaparecido misteriosamente, no he notado su ausencia hasta este momento. Liberado, retrocedo lentamente sin perder la cara al viejo. Observo un instante la distancia que me separa del borde del torreón.

¡Demasiado lejos!

** Anciano de negro: ¿Qué haces? No te entretengas. ¡Corre!*

A su señal arranco veloz hacia el agujero por el que entré. Me abrocho de nuevo la pechera y el mundo de lo invisible reaparece a mí alrededor; las hebras de Luna se marchitan y apagan.

El astro acelera su descenso.

¡No llegaré!

Ya me resta poca distancia. Me arrojo al suelo y deslizo por él justo cuando la Luna, vencida, se descuelga sobre la torre. Creo oír un estrépito en tanto resbalo hacia el agujero.

¡Lo lograré!

El aire que hay entre el astro y la plataforma se comprime y es expulsado veloz en todas direcciones. Me arrastra, sobrevuelo el hueco por el que entré, y salgo despedido por el borde del torreón. Desesperadamente me aferro a una fibra de Luna, pero ésta desaparece al momento. Caigo.

La Luna impacta violentamente con el torreón reventando la plataforma y una lluvia de esquirlas golpea mi cuerpo. Agarro otra hebra, pero una pequeña roca choca contra mi pecho y salgo impulsado lejos de mi asidero. Dolorido cierro instintivamente los brazos entorno al pedrusco y el mundo de lo invisible se esfuma como la eclosión de una burbuja.

¡Ha roto el mecanismo! ¡Caeré al vacío!

Para mi sorpresa y alivio no desciendo bruscamente; al contrario, lo hago con suavidad. Descubro que de mi pecho brota luz y hallo entre mis brazos la roca que ha truncado el dispositivo de mi pijama.

Es un pedazo de Luna que todavía guarda brillo... ¡y la propiedad de levitar!

El suelo aún queda lejanísimo y la Luna me va ganando terreno. Me alcanza en su caída y con su enorme cuerpo me empuja hacia abajo a gran velocidad. De nada me sirve que la pequeña roca amortigüe mi descenso. El torreón se desgaja como si fuese de arena mientras la Luna cae sobre él devastándolo.

¡Me aplastará contra el suelo!

El descenso es vertiginoso. Sólo me restan unos cien metros para morir aplastado. Cincuenta, diez.., de súbito, a escasa distancia del suelo, la Luna se detiene. Floto pegado a la gran mole mientras sostengo mi pequeño pedacito de Luna. La base del torreón ha aguantado, y aún sin deshacerse por completo sostiene en inestable equilibrio al gran titán.

Suelto el pedazo de Luna, que escapa hacia arriba y se adhiere a su propietaria, y caigo al suelo. Observo sobre mi cabeza y admiro temeroso el infinito techo de roca que cubre hasta donde puedo ver. Contra su panza se pegan los luminosos trozos que se han desprendido de su cuerpo y creo advertir algo extraño.

¿La roca que he soltado brilla más que las otras?

Las casas más altas de la ciudad han quedado aplastadas.

Me encuentro en el lado opuesto del torreón a cuando llegué y veo una calle, igual a la que usé para venir, prolongándose hacia la oscuridad.

¿Llevará a algún lugar?

La Luna se balancea amenazadoramente. Me ciño al muro del torreón y la monstruosa esfera pasa por encima de mí sin aplastarme. Se desploma infinitamente pesada sobre la ciudad arrasando las casas y comienza a rodar. El suelo tiembla como la piel de un tambor. La Luna se aleja lenta pero imparable. Allana la tierra a su paso vengándose de quienes la tuvieron cautiva. La pequeña parte que aún desprende luz ilumina como un faro la oscura ciudad con cada vuelta del monstruo. Me siento exhausto por primera vez en mucho tiempo.

Ya no hay Luna que encontrar, porque no hay Luna. Ya no me queda familia que hallar, pues sólo quedo yo de mí estirpe. Ya no tengo un motivo para caminar...

Escucho, en algún lugar oculto en la oscuridad, una sarcástica risa.

El reflejo de mi abuelo. Él ha sido quien me ha impedido salvar la Luna... ¿Realmente podría haberla dotado de vida?

Sigue vibrando el suelo bajo mi cuerpo.

Pero... ¿cómo podría haberla otorgado vida? El pedazo que retuve contra mi pecho brillaba después con más fuerza... ¡Pero ya he estado en contacto con la Luna cuando caía...! Pero con su parte muerta... ¡Claro! ¡Debo tocar su parte viva antes de que muera!

Absorto, me sorprendo al encontrarme a oscuras. La Luna ya no es más que un puntito lejano.

Ha acelerado.

Me repongo del desconsuelo e inicio raudo la persecución. Avanzo a ciegas a través de la oscuridad, en línea recta hacia el pequeño punto de luz.

¡Va más deprisa que yo!

Incremento el ritmo. El líquido luminoso aún actúa sobre mi organismo. Ningún ser humano podría correr a tanta velocidad. Me acomodo en un estado de trance; me muevo mecánicamente. La luz mantiene la distancia. Pienso en todo cuanto he vivido desde que salí de la isla y rememoro la ilusión que me impulsó a iniciar el viaje. Todo acaba mezclándose, tibio, con la serena imagen de mi madre.

Parece que me acerco; la claridad aumenta...

¡El mundo se voltea de nuevo contra el Sol!

Vuelve a producirse el extraño fenómeno que presencié a mi entrada en la oscura ciudad. Esta vez la tierra gira a mi paso desenroscándose y mostrando su panza a los cálidos rayos del Sol.

De nuevo en la playa, veo la Luna que continúa vagando formando tras de sí un descomunal rastro en la arena. Sigo por el surco que ha ido dejando, tan profundo que el nivel del mar queda por encima y no puedo verlo. Una ola penetra en el canal inundándolo con un palmo de agua. La descomunal roca negra que es la Luna ya se encuentra a poca distancia.

¡Se está encallando!

Otro violento envite del mar al que acompaña otro aún más fuerte irrumpe como una cascada en el cauce abierto por el astro y lo anega totalmente, disolviendo las paredes de arena. El agua ha inundado la playa y rodeando a la Luna la arrastra hacia el horizonte. La gran roca rueda mar adentro mientras nado frenético hacia ella.

¡He de acercarme!

La corriente me aleja del gigante. Es inútil, la Luna acelera su huida hacia las profundidades del eterno mar azul creando una gran ola que ruge a su alrededor. Mi preocupación ya no pasa por alcanzarla, sino por mantenerme a flote e intentar llegar a la costa. Logro extenuado alcanzar la orilla y avanzo unos pasos sobre la arena antes de desplomarme sobre ella. Arde como las brasas, pero no me importa...

Desmoralizado, me giro para observar cómo la Luna, una gran cúpula negra sobre las azules aguas, se hunde igual que un ojo que se cierra.

Ahora sí, ahora todo, definitivamente, ha sido en vano.

Empieza a llover lentamente, y justo cuando me dispongo a tumbarme vencido columbro en la distancia un objeto familiar. Siguiendo la línea de la costa diviso, mar adentro, una gran plataforma circular. Yo ya he estado allí.

Los seres azules, el alma del mar... ¡He aparecido por el lado opuesto al que me fui!

Confuso, me dirijo hacia ella bajo la creciente cortina de agua.

¿He estado andando en círculo? La isla donde vivo está en un mar cerrado... Imposible, no puedo haber abarcado a pie un mar entero.

La plataforma está metida mar adentro y llego hasta ella nadando.

Ya allí, acompañado únicamente por el continuo rasgar de la lluvia, me meto entre los abandonados puestos de venta en dirección al centro del puerto, paso junto al remolino de agua que es la entrada al mundo de los seres azules, y sorteando de nuevo multitud de tenderetes llego hasta donde aún aguarda fiel mi embarcación, el gran cuenco flotante.

No razono mis acciones; actúo por inercia. Arrastro un par de cajones junto al barco y subiéndome a ellos salto al interior del cuenco. El dispositivo de rastreo permanece conectado.

Por eso sigue aquí.

Lo desactivo. No trato de comprender mi comportamiento que seguramente nazca de la misma desolación; fruto de una tristeza más honda que el más profundo de los mares.

El barco se desprende del puerto y juntos nos alejamos sin rumbo fijo.

.....

Ya en mar abierto, abandonado, vuelvo a conectar el dispositivo y me tumbo a dormir sin importarme la lluvia. Sueño con el azul del mar, con sus olas y su tristeza.

.....

Un golpe me despierta. Abro los ojos pero no veo nada; negrura; ya no llueve. Parpadeo y me froto la cara, mas sigo ciego. Desganado me pongo en pie.

Es de noche.

Me llegan entonces aromas que traspasan la oscuridad y me hablan del lugar al que he llegado.

De nuevo en casa.

Una estrella fugaz prende el firmamento e ilumina la noche, recorre la bóveda celeste de extremo a extremo y se extingue, agotada, junto a la luz del faro.

Vuelta al principio.

Estoy cerca del puerto desde el que zarpé. El barco ha encallado en la arena de la playa.

Salto a tierra y camino en medio de la negrura. Utilizo de referencia el faro para dirigirme a ciegas hacia el corazón de la isla. Me adentro a tientas entre los árboles y justo cuando noto que se acaba la vegetación hundo un pie en algo líquido.

El lago.

Al otro lado del lago, al pie de sus dulces aguas, está mi casa; en medio de la cerrada noche no es posible si quiera adivinarla. Sin ganas de llegar aún a ella me siento junto a la orilla a descansar. No necesito de la Luna ni las estrellas para pintar en mi mente cuanto me rodea. Estoy abatido, vencido; siento que podría morir en este mismo instante sin importarme siquiera; siento como si ya estuviese muerto. He fracasado en mi empeño y no he logrado conservar aquello que quería.

Todo ha sido en vano.

Tan triste me encuentro, que no concedo la menor importancia a la aparición de una estrella en el firmamento; un solitario puntito de luz en mitad del gran lienzo negro. Lo veo, pero no me suscita interés alguno; simplemente lo observo sin preguntarme por qué esta allí.

Unos susurros acunan entonces mis oídos.

** Voces susurrantes: Ven, nosotras te subiremos.*

Nada comprendo ni pretendo comprender, y antes de poder plantearme la situación pierdo la sensación de estar en contacto con el suelo.

¿Estoy volando?

Algo me sostiene de pies y brazos y me eleva, flotando, hacia la recién nacida estrella. Ahora más cerca de ella distingo con claridad su forma. No es una estrella, sino la luz que deja escapar la ventana de un torreón. Miro hacia el suelo, pero sólo veo oscuridad.

El torreón debe nacer desde el centro del lago.

A la luz de la ventana puedo ver ahora a mis portadoras: cuatro hadas de diminuto tamaño, que me introducen dentro del torreón a través del vano y me posan sobre el suelo. Desaparecen como una leve brisa y ante mí encuentro la fuente y origen de la luz, una luz blanca y mortecina, idéntica a la de la Luna, una luz que es la de la Luna.

Una anciana...

Sentada en una silla, encorvada, vencida hacia delante, la cabeza caída y el pelo inmensamente largo y lacio ocultando su rostro, encuentro estática a una anciana mujer.

El pelo es quien brilla y emite la luz; la luz de la Luna. Una melena tan larga que llega hasta el suelo y se esparce como las raíces de un viejo árbol.

** Anciana Luna: (La voz entrecortada como el ronroneo de una diminuta cascada) ¿Tan triste estás, nieto mío, que has podido verme?*

* *Yo: (Pasmado) ¿Abuela? Eres tú la Dama de la historia...*

* *Anciana Luna: Sí, muchacho, es a mí a quien cortejaron esos cuatro formidables caballeros.*

* *Yo: (Susurrando para mí) Venidos desde los cuatro puntos cardinales... Debí suponerlo, debí suponer que la torre estaría aquí. He andado en círculo y en el centro de este cerrado mar ha de hallarse nuestra isla, y en el centro de esta isla la torre...*

* *Anciana Luna: Apunto estaba ya de morir de tristeza y de vieja, pues ese oscuro caballero no sólo me robó el corazón, sino también la Luna, mi fuente de eterna juventud. Si me hubiese preguntado le hubiese rebelado que la Luna jamás podría vivir lejos de mí, ni yo de ella. A estas alturas, también la Luna estará muriéndose.*

* *Yo: Ha muerto ya, igual que el caballero.*

* *Anciana Luna: (Suspira) Entonces ya nada me queda.*

* *Yo: Te quedo yo.*

* *Anciana Luna: Sí, y tan desolado estás que has podido llegar hasta mí.*

Rememoro la historia de la Dama y la Luna y recuerdo cómo la mujer, de pura tristeza, se volvía invisible.

Debió sentir la misma tristeza y desánimo que siento yo ahora. Por eso puedo ver aquello que no es visible y palpar lo no palpable.

Me acerco hasta ella y le ofrezco la mano. La vieja mujer alza la cabeza descubriendo su erosionado rostro. Ya nada queda en él de la belleza que antaño la hiciera valedora de los más exquisitos relatos.

* *Yo: Mi abuelo me dijo que podría dar vida a la Luna si me acercaba a ella. Tal vez...*

* *Anciana Luna: No, muchacho, no existe ese tal vez. Sólo la Luna puede devolverme la juventud.*

Dejo caer mi mano, muerta, y fijo la mirada en la insondable negrura tras las ventanas. Me sumerjo en complejas cavilaciones.

* *Yo: (Abstraído) ¿Y qué es lo que debería poseer esa Luna?*

* *Anciana Luna: Luz, debería poseer luz, su luz.*

* *Yo: Tu cabello posee la misma luz...*

* *Anciana Luna: Sí, pero mi cabello no puede alumbrar las estrellas, los pedacitos de espejo. Su luz les mantiene vivos, y a su vez al reflejo de mi eterna juventud.*

Vuelvo la vista hacia mi abuela.

* *Yo: Entonces inventaré una Luna.*

.....

Al despuntar el Sol llegué al pueblo portando a mi espalda un inmenso fardo de relucientes cabellos de luz de Luna. Llamé a una puerta y una somnolienta mujer salió a recibirme.

** Yo: Necesito tu ayuda, amiga.*

Llamé a otra puerta y un nuevo vecino salió a mi encuentro.

** Yo: Necesito tu ayuda, amigo.*

De este modo fui despertando casa por casa a todo el pueblo. Nadie se negaba a mi proposición, pues no había nadie, que en algún momento, no hubiese necesitado de mis habilidades, y todos ahora estaban dispuestos a recompensarme. Sólo el barman, Vier, mi padre adoptivo, se mostró osco en mi recibimiento. Había estado terriblemente preocupado por mi ausencia y no estaba dispuesto a concederme su perdón tan fácilmente. Sin embargo, la empresa que me traía entre manos logró apaciguarle e interesarle.

Con la ayuda de los más expertos carpinteros de la isla construimos un armazón esférico hueco, que recubrimos con los cabellos de mi abuela gracias a la ayuda de las mejores tejedoras. Parecía un gigantesco ovillo de lana; una lana que brillaba con una luz lechosa, acogedora, como la Luna.

El ingenio presentaba el tamaño de una casa de dos plantas; era grande, no tanto como la verdadera Luna, pero bastaría. Tampoco poseería vida propia, ni conocería el camino que debería seguir cada noche; mas en esa cuestión ya había ahondado, pues sería yo quien la pilotase.

Su interior se dividió en dos: planta alta y baja. A la planta alta trasladé todos los libros que abarrotaban las estanterías de la buhardilla de mi casa, la baja la decoré con una mesa, una única silla, y todo aquello que juzgué necesitaría para vivir.

Mi antigua vivienda quedó vacía, abandonada, nadie quiso ocuparla y todos coincidieron en la idea de preservarla tal como estaba, como testimonio para las generaciones venideras del nuevo relato que ya circulaba de boca en boca: “El regreso de la Luna”

Todo ya dispuesto, aguardé un día de tormenta para poder capturar una pocas nubes y filtrar su etereidad. Esta cualidad la usé para hacer levitar el artefacto, que una semana después de mi regreso a la isla se encontraba dispuesto para su partida.

.....

Sujetada en medio de la plaza del pueblo, anclada al suelo por cuatro gruesos cabos, intenta escapar hacia las alturas la nueva Luna. Todos la admiran obnubilados. Es como observar a la verdadera Luna, aquella que algunos hacía una eternidad que no veían, y que otros no habían visto jamás.

Según cae la noche la luz del astro artificial comienza a iluminar las casas con su hipnótica claridad, como si el pueblo se resistiese a dejarse vencer por la noche. Todo el mundo se halla entorno a la plaza, a la espera.

Finalmente llego. Recorro el pasillo que me abre la gente hasta la gran burbuja luminosa y me detengo a admirarla, tranquilo. Nada la hace distinta de la antigua Luna; excepto el tamaño y unas cuantas ventanas que he abierto en su cuerpo; por lo demás es perfecta; con eso y todo es perfecta.

Tiro de un asidero que hay en su superficie y una puerta se desculga hasta el suelo, como el puente levadizo de un castillo.

Aún espero un instante. Ofrezco una última mirada al pueblo. Allí están todos, y entre el tumulto, Vier con el rostro arrasado en lágrimas. Él es la causa de mi retraso y en su semblante revivo reflejadas las palabras que apenas un momento me ha dedicado.

..... *Recuerdo*.....

* *Vier: ¿Piensas cambiar toda tu vida por esto?*

* *Yo: No toda la vida, sino la eternidad. Ésta es una tarea que nunca debe finalizar; la Luna no debe volver a desaparecer, y sólo yo, allí arriba, seré inmortal. Nadie más puede hacerlo.*

.....

También descubro entre el gentío un rostro familiar. Un hombre joven, de pelo negro y largo, me sonríe y observa enigmático a través de su único ojo. Un negro parche le oculta el otro.

Sin más demora asciendo por la rampa y entro en mi nueva casa. Observo pegados a la pared los controles para manejar la Luna. Hago girar una manivela, la puerta se cierra tras de mí, y grito entonces a pleno pulmón.

** Yo: ¡Soltadla!*

De cuatro certeros hachazos cuatro hombres liberan el artefacto, que escapa fugaz hacia el cielo como una burbuja bajo el agua.

Desde el pueblo el espectáculo ha de ser insuperable, pues, en tanto subo, centenares, miles, millones de puntitos luminosos, estrellas, se van iluminando como las hondas en la superficie de un estanque. El firmamento se cuaja por entero de brillantes pecas.

La vieja mujer, mi abuela, la Dama de la historia, recupera al instante su perdida juventud y reaparece, deja de ser invisible, al igual que la altísima torre en mitad del lago.

Será una bella aparición para quien se la encuentre por la mañana.

A la luz de mi nueva Luna y las estrellas aparece lejanísimo el mar, y homenajeo con el recuerdo a mis padres. Ahora ambos se hallan mezclados el uno con el otro, y me siento feliz por ello.

Desde esta altura veo a través de las ventanas del torreón a mi abuela y la puedo admirar en su más dulce primavera.

Soy agraciado por poder asistir a esta escena.

Me siento recompensado por toda la eternidad si puedo ver por siempre ese bello rostro y estar cerca de él.